

# SELECTA

Año III  
Número 9

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Diciembre de 1911

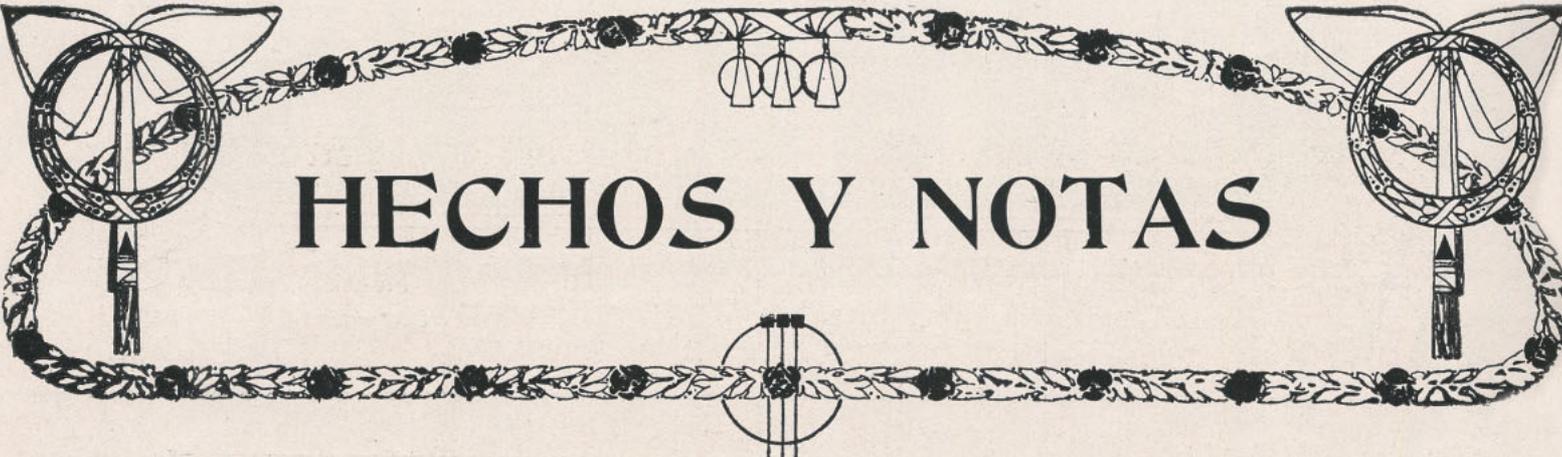
EDITORES PROPIETARIOS: EMPRESA ZIG-ZAG, TEATINOS 666

Precio:  
UN PESO



SUMIDA EN SUEÑOS

A BOYÉ.



# HECHOS Y NOTAS

Este mes de Diciembre se distingue entre nosotros por una triste peculiaridad: es el mes de los incendios. Es éste un hecho curiosísimo y sintomático de cierto estado social; no deja de ser verdaderamente extraño que precisamente en un mes dado se enciendan las casas como castillos de naipes, y las envuelvan repentinamente con sus lenguas rojas las llamas de pavoroso incendio. A primera vista, no cabe explicación del hecho, pues no se trata de la influencia extraordinaria del sol canicular, y precisamente los incendios se verifican de noche, á la hora de las sombras y de los duendes; pero estos hechos coinciden, por extraña casualidad, con la época de los balances comerciales.

Es que no hay manera más rápida y fácil de practicar liquidaciones, haciendo pagar las diferencias á las compañías de seguros. En vano los Códigos castigan á los incendiarios con las penas más severas; es tan difícil descubrirlos cuando furtivamente preparan las materias inflamables que habrán de producir la catástrofe voluntaria. Sería necesario que hubiese vigilancia severa y ojo atento de la policía, y la persecución tenaz de la justicia. Pero, sobre todo, hay en esto un fenómeno moral, una perturbación del criterio en la misma forma que en los demás casos criminales: es preciso hacer la educación de un pueblo entero.

Con eso y todo, el principal factor es la falta de moralidad, se transforma con la obra lenta y difícil de la educación del pueblo, del mejoramiento en el individuo.

Todos los fenómenos sociales obedecen á leyes perfectamente uniformes; ya Heriberto Spencer, hace muchos años, señalaba la relación directa entre el carácter de las unidades y la forma del conjunto. Del carácter del individuo habrá de depender la forma misma del Estado.

Pero ésta es demasiada filosofía para una simple charla, sin mayor alcance que el de simple disertación hecha al pasar.

Lo que más me interesa en los incendios es la actitud abnegada y á menudo heroica de los bomberos, ver cómo se trepan á las murallas caldeadas por el fuego, y luego se hunden entre las llamas, aparecen y desaparecen, se derrumban á veces con las vigas, y sostienen sus pitones, arrojando torrentes de agua sobre las partes incendiadas, ó bien cortan y rompen, con peligro de sus vidas, las partes destinadas al aislamiento y extinción del fuego. Nuestra admiración sube de punto si consideramos que se trata de jóvenes que acaban de trabajar duramente un día entero para ganarse el sustento diario, y que abandonan su reposo, el descanso necesario de su vida misma, para extinguir el incendio de una propiedad extraña, cuyo dueño ni siquiera conocen en la mayor parte de los casos. Es abnegación extraordinaria, sin premios ni compensaciones de ningún género, sin retribución alguna del Estado. Y mientras en otros países se les remunera generosamente, en Chile sólo tienen la satisfacción heroica del deber cumplido sin que nadie lo agradezca: para mi entender, nada hay tan hermoso como el deber entendido en semejante forma. Es una escuela de educación cívica de primer orden, en la cual se cultiva el espíritu de sacrificio, las condiciones que levantan y engrandecen á los individuos y á las colectividades. Junto al mal se encuentra el antídoto; frente al incendiario, al criminal, está el bombero chileno, abnegado, trabajador, dispuesto á todo género de peligros sin más que un estímulo de carácter espiritual. En toda forma de lucha hallamos siempre alguna enseñanza; y la que se desprende de la institución nacional, tal como existe, es sin duda hermosa.

Para convertirnos en país necesitamos precisamente elementos de reforma social y moral, antes que de leyes corroídas por intereses deleznable y pequeños.

La organización del Cuerpo de Bomberos de Santiago se debe á un acontecimiento verdaderamente dramático y terrible con que movió á la sociedad de Santiago hará cosa de cincuenta años, precisamente en el mes de diciembre: el incendio del templo de la Compañía fué una de las grandes tragedias de su tiempo.

Se quemaron esa noche terrible cerca de dos mil personas en el recinto estrecho del templo. Casi todas las familias de Santiago perdieron aquella noche alguno de sus miembros. Tan dolorosa y tan intensa fué la impresión recibida, que muchos todavía recuerdan aquel horrible olor de carne asada que infestaba la ciudad, las dolorosas escenas de los hijos que buscaban á sus padres, de los hermanos y los maridos reconociendo entre los cadáveres de las víctimas renegridas y carbonizadas los restos de alguno de los suyos, de los que más habían querido aquí en la tierra. Más que lo grande de la hoguera, sobrecogía el inmenso clamoreo del dolor humano bajo todas sus diversas formas, en todas sus faces. El valor llevado hasta el heroísmo por algunos, que perdían la vida para salvar la de otros, de padres que volvían al fuego, después de salvados á viva fuerza, en busca de sus

hijos; la locura de personas ya salvadas, que volvían á las llamas, atraídas por las fascinaciones del incendio: todo en el de la Compañía es horrible, hasta para las visiones del recuerdo—y sólo es comparable con las escenas trágicas del Dante.

Fué menester de tan horrible suceso para que nosotros entráramos por las vías de la civilización, organizando el Cuerpo de Bomberos.

El acta de fundación de ese Cuerpo así lo señala.

“En Santiago de Chile, á veinte de diciembre de mil ochocientos sesenta y tres, á consecuencia del voraz incendio del templo de la Compañía que en la tarde del ocho del corriente arrebató á Santiago dos mil madres é hijos de familia; numerosos vecinos de esta ciudad se han reunido espontáneamente en los salones del Casino con el propósito de formar un Cuerpo de Bomberos voluntarios que prevenga en lo futuro desgracias de igual origen. De común acuerdo convinieron adoptar, en general, para este Cuerpo, la organización y regimen del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, y organizar desde luego tres Compañías de Bombas con la denominación de **Oriente**, de **Sur**, y de **Poniente**, y una Compañía de guardia de **Propiedad**”. Esas cuatro Compañías de 1863 llegaron á convertirse en doce.

Es de notar que, la organización de los Bomberos, como institución, fué debida, antes que á idea de un hombre de Estado ó de algún administrador público, á un movimiento espontáneo de almas, á un sentimiento generoso y grande, brotado á un tiempo de muchos pechos. Se oyeron gritos de dolor, gemidos de madres y de víctimas, y de semejante clamor doloroso nació el Cuerpo de Bomberos de Santiago.

Sucede frecuentemente, entre nosotros, que los estadistas y hombres públicos, preocupados de sus combinaciones de partido, de sus altos é importantes cubiletes, no tienen tiempo alguno que consagrar á las necesidades verdaderas del país, de las cuales jamás se ocupan, á no ser que por tales se entiendan las artes de crear empleos públicos generalmente innecesarios. Los sucesos vienen á descubrirnos en cueros, y así como la campaña del Perú nos encontró sin rifles y sin municiones, el incendio de la Compañía vino á encontrarnos sin bombas y sin bomberos.

Los corazones profundamente conmovidos de una sociedad entera hicieron en un momento lo que no habían ideado hasta entonces los estadistas que se embarcaban en la guerra con España. No sabemos proveer—ó mejor, como decía tan gráficamente Vicente Grez, nuestros estadistas prevén los sucesos después de realizados... y no siempre bien.

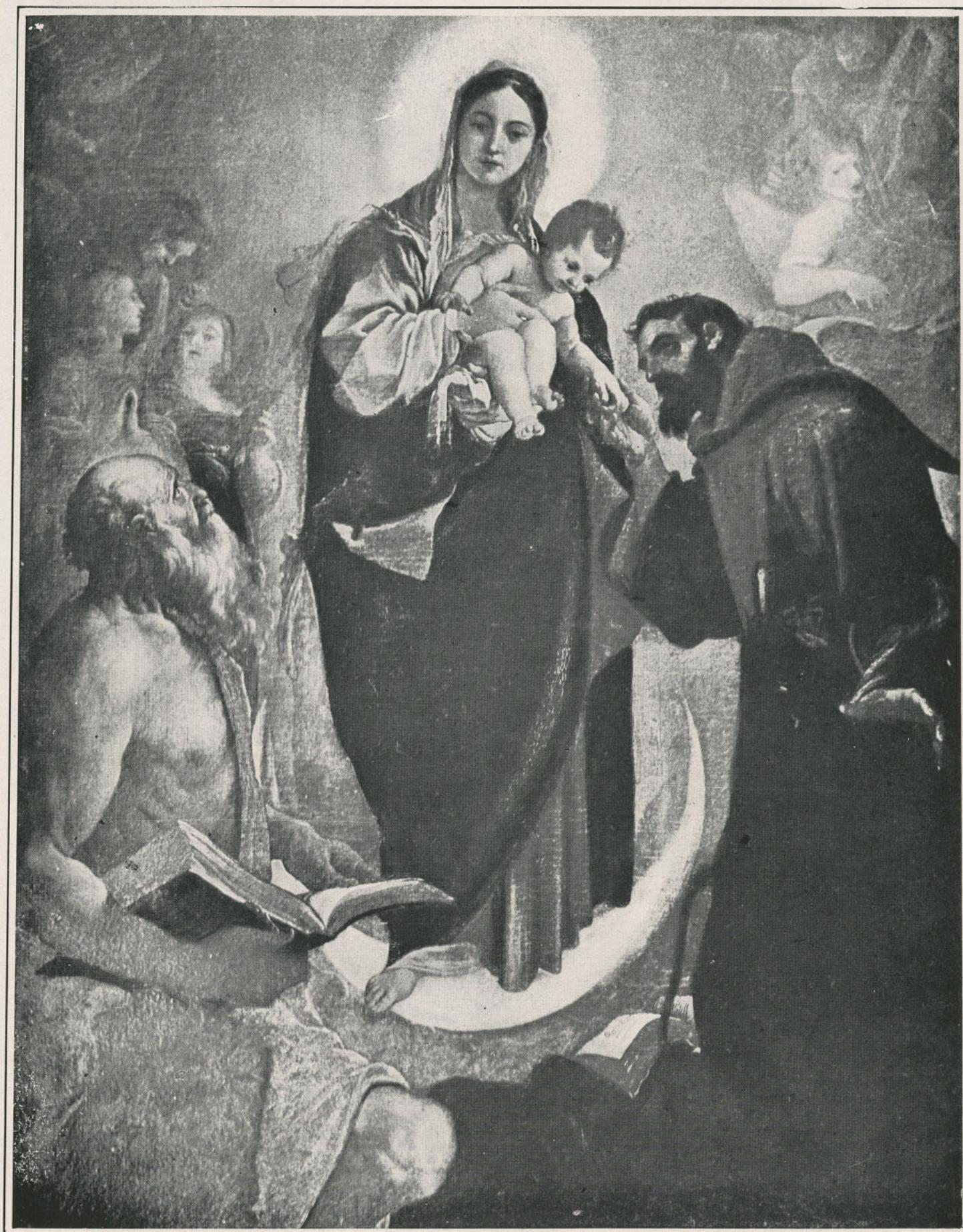
La iniciativa individual, generosa y hondamente conmovida, hizo lo que no habían hecho los Gobiernos, organizado un cuerpo que ha prestado desde entonces grandes y abnegados servicios que no han sido suficientemente comprendidos hasta ahora. El Cuerpo de Bomberos no cuenta siquiera con los recursos necesarios para atender debidamente á sus servicios y el auxilio fiscal es pobrísimos.

En medio de la indiferencia del Gobierno han continuado su obra generosa. Poco después de organizados, los bomberos santiaguinos prestaron sus esfuerzos á una tarea difícil, cuando el incendio del antiguo Portal de Sierra Bella, en 1868. En 1870 se incendiaba el Teatro Municipal de Santiago, y sus servicios fueron considerables. En el siniestro de aquella noche pereció quemado el bombero don Germán Tenderini, que aparece presente en las listas de honor del Cuerpo. Era la consagración definitiva de hermosa institución. Los sacrificios, las víctimas, no sólo ennoblecen sino que también provocan las nobles emulaciones, las que conducen más lejos á los hombres en el servicio de la humanidad.

En 1880, estuvo á punto de volar por los aires la ciudad de Santiago, con motivo del incendio del Cuartel de Artillería, en el cual se encontraban acopiados los materiales de guerra, las municiones, la pólvora, y numerosos elementos bélicos, exigidos por la campaña que entonces proseguíamos en contra del Perú. Si vuela en esos instantes el polvorín, las pérdidas de vidas, de propiedades, y de recursos para la campaña habrían sido inmensas. Los voluntarios se comportaron en esas circunstancias con un heroísmo á toda prueba, trasladando las granadas cargadas con sus propias manos en medio del incendio, sin temor á la explosión de proyectiles. La ciudad se salvó casi por obra de milagro, de un milagro de heroísmo. La Municipalidad de Santiago les concedió una medalla conmemorativa que vale, por cierto, mucho más que las órdenes del mérito naval y militar y las grandes Cruces que se confiere de ordinario á los diplomáticos en paseo ó á los acompañantes de Grandes Duques ó Príncipes al Santa Lucía ó á la Quinta Normal.

LUIS ORREGO LUCO

(CONTINUACION)



LA CONCEPCION

LUDOVICO CARRACHI

Los artistas que dieron la señal de este despertar, fueron Ludovico Agustín y Aníbal Carrachi, ó Carrache. El trabajo de ellos consistió en reunir en una sola escuela todo lo

bueno de las demás, y para ello fundaron en Bolonia la Academia degli Incamminati.

Un soneto de Agustín Carrache nos da una idea exacta de



AGUSTIN CARRACHI

las bases de esta nueva academia que servirá de cemento á las posteriores, recomienda el dibujo de la escuela romana, el movimiento y las sombras de los venecianos, el hermoso colorido de la Lombardía, el estilo terrible de Miguel Angel, la verdad y naturalidad del Tiziano, el gusto puro y soberano del Corregio.

*El Guido.*—Nació en 1575, en Roma; ejecutó varias obras, y en sus últimos años tuvo una vida bastante vagabunda.



SAN SEBASTIAN

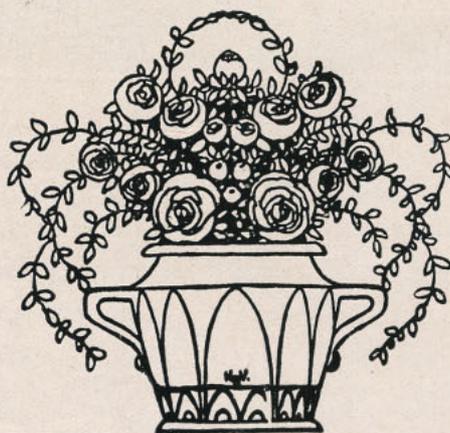
GUIDO RENI

Murió en 1642. Como la mayoría de los maestros de su escuela, tiene la facilidad del trabajo. Sus composiciones alegóricas y religiosas son de una concepción agradables, sus figuras tienen cierto encanto y sentimiento, que á veces llega al sentimentalismo.

*Miguel Angel Meridi, El Caravage (1569-1609).*—La escuela bolonesa unía las diversas tradiciones del arte primitivo italiano de una manera única y aseguraba á éste una última florecencia.

Fué el *Caravage* pintor de gran valor y de origen sumamente humilde, á quien le cupo el mérito de contener por una última vez la decadencia segura y fatal de la pintura. Se esforzó de introducir una nueva concepción de la vida dando vigor y realismo tomados de seres animados y no siguiendo las tradiciones de los antepasados.

(Continuará)





Surgían figuras angelicales y deliciosas

# LA OFRENDA

(Cuento de Nochebuena)



NADIE conoce exactamente la época en que esto aconteció, ni exactamente el país en que esta historia se ha verificado, mas no por eso deja de ser menos verídica, y ruego al gentil lector me haga la gracia de aceptarla como tal.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que hace mucho tiempo acaeció la conseja que ahora voy á referiros, porque es cosa averiguada que mientras más frecuentes se hacen las comunicaciones en la tierra de uno al otro confín, infinitamente más raras y difíciles se hacen con el cielo, al revés de lo que en otra época pasaba.

Así, pues, en aquellos tiempos idos—que cada uno puede colocar donde le plazca—veíase en el acantilado de un cerro, una iglesia de campanario dibujado como un encaje, del cual salía campanilleo alegre y dulce; en el interior relucían los ventanales de colores de arco iris, como las amplias naves abovedadas y misteriosas, estrechadas

entre columnas de piedras rectas como ramas de lirios que parecían conducir al paraíso.

Pero lo que distinguía á esa iglesia entre cien iguales era su imagen milagrosa: llamábanla Nuestra Señora de la Ofrenda y voy á deciros la causa.

Es menester que os diga, ante todo, que la tal iglesia, colocada sobre la altura como un gran pájaro, no era accesible sino por una escalera de peldaños rudos, tallados en la roca. Una vez que mediante considerable trabajo se había subido por la escala, llegábase á una bóveda muy amplia, sobre la cual se abría directamente la fachada de la iglesia, esa bóveda servía como de toldo para admirar cómodamente la fachada.

La tal fachada era, en verdad, una maravilla, engalanada con flores y con frutos maravillosos, tan leves que casi no era creíble que una mano hubiera podido trabajarlos en la piedra, representaban figuras angélicas y deliciosas que surgían; pero lo más hermoso estaba colocado

justamente al centro, coronando el pórtico, y era una imagen de Nuestra Señora, tan conmovedora y tan dulce de contemplar, que su sola vista bastaba para fundir los corazones de los impíos como cera al fuego.

Nuestra Señora aparecía rejuvenecida, irradiando una alegría inmensa; sobre su brazo izquierdo llevaba triunfalmente su guagua, Jesús que contemplaba con ternura á su madre, y la abrazaba á la manera ingenua y tierna de los niños...

Esa imagen, muy venerada en todo el país, y aún en comarcas muy lejanas por las cuales se había esparcido la fama del milagro, era célebre. El milagro se verificaba cada cien años... jamás antes y todavía no era seguro que el milagro hubiera de realizarse—había que merecerlo. Una vez realizado, el país quedaba por cien años más á abrigo de las guerras y del hambre, y, en general, de todos los flagelos. Mas si por desgracia el milagro no se realizaba, habían de esperar los habitantes que sobrevinieran las calamidades peores.



Ahora bien, en la época de que vamos hablando, el año del centenario feliz había llegado, y desde hacía meses y meses, nobles y plebeyos, ricos y menesterosos, sacerdotes y seglares, todos vivían á la espera de la noche de Noel.—El pueblo y los fieles habían sido convidados á presenciar el milagro que habría de consolarlos á todos.—Tratábase de colocar una ofrenda á los pies de Nuestra Señora, y para recompensa á la que le fuera verdaderamente agradable, el Niño Jesús, desprendiéndose del cuello de su madre, alargaría los brazos en señal de aceptación á la que verdaderamente le agradase. Algunos viejos juraban que en tiempo de sus padres, se había presenciado esa cosa inaudita, y con sólo recordarla, lloraban piadosamente de ternura.

Por consiguiente, una vez que las campanas, tiernas y apremiantes, cantaron por fin la llegada de la Noche Buena bendita, grupos considerables, salidos de los castillos, de las chozas, de los puntos más remotos, pusiéronse en camino para llegar á la hora de la media noche al templo de Nuestra Señora de la Ofrenda. En la noche aquella veíase claro en cien leguas á la redonda, por los caminos, porque de todas partes, del fondo de los valles á la cumbre de la montaña brillaban centenares de antorchas cuyas luces hacían palidecer la de las estrellas. La dilatada procesión avanzaba al són de cánticos que entonaban los monaguillos. A la cabeza marchaban caballeros brillantemente armados, llevando plumas en la cimera de los cascos armados de todas sus armas, viejos y jóvenes, caracoleaban fieramente, vanagloriándose de sus ofrendas: el uno había peleado en la guerra santa, y traía una espada que había muerto numerosos infieles como ofrenda: el otro le

reservaba el homenaje de una bandera cogida á los infieles: otros á los cuales la edad quitaba las fuerzas, traían pergaminos, provistos de su sello, en los cuales se registraban las promesas más halagadoras, asegurando limosnas ó la construcción de alguna nueva iglesia; los de más allá traían hermosos cofres de oro y piedras preciosas que les llevaban pajes. De seguro que ninguno hubiera osado faltar á lo prometido. Las nobles esposas de los señores les seguían á caballo ó en suntuosos carros arrastrados por corceles fogosos; otras traían en donación joyas magníficas, suntuosos géneros y tapicerías, que habían trabajado con sus doncellas, y destinado á embellecer el coro de la iglesia. Ricos mercaderes, montados en dóciles mulas, y seguidos de sirvientes cargados de regalos, traían especias y perfumes como los que los Reyes Magos llevaron á Belén... Artesanos de todas cataduras traían envueltos bajo la capa ú ocultos, los trabajos que habían preparado para el niño esperando el instante en que hubieran de colocarlo á los pies de la Virgen, ó en las losas, con regocijo íntimo.

Por último, venían los pequeños, los humildes, trayendo sus ofrendas modestas, sus primicias, los frutos de la estación, el queso, la leche de las vacas; algunos pobres pastores traían alguna oveja cargada sobre sus espaldas; los que nada mejor poseían, traían sus pollos ó sus palomas. Algunas mujeres, con la cofia caída sobre la cabeza, traían el lino tejido de sus manos, ó encajes, el fruto de su ruda labor de los meses de invierno. Algunas entre la multitud, llevaban orgullosamente de la mano hermosos chicos que iban á ofrecer á Nuestra Señora como servidores para toda la vida.

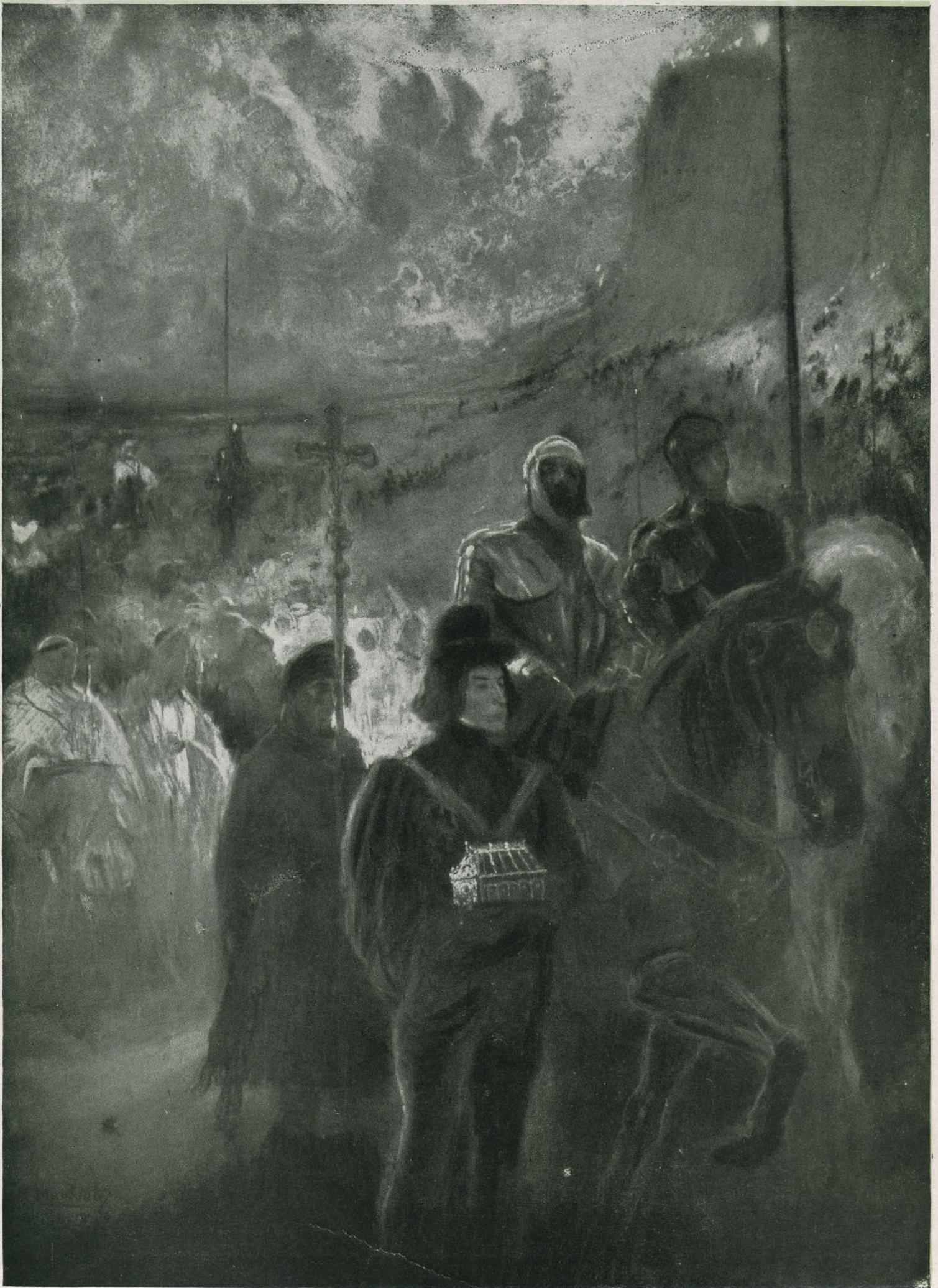
Y por todos los caminos, sentíase rumor alegre, porque cada cual se sentía rico y cada uno esperaba el milagro en favor suyo.



Los ventanales de la iglesia brillaban en la noche, los fieles han comenzado en apretadas filas la ascensión á la iglesia, por la dura escalera iluminada con antorchas. Los caballeros y nobles damas se han apeado con aire beato y humilde; los hermanos laicos de la capilla vecina, solícitos y suaves, impiden que se atropellen los unos á los otros y conciertan la entrada de los fieles bajo la bóveda.

En el interior la multitud se apiña, estremecida, repitiendo los cantos sagrados que suben del interior de la iglesia por el portalón abierto. En la claridad del fondo aparece la Virgen con su niño en brazos.

Allí se verifica el lento desfile, y dura y se prolonga; las espadas y los estandartes se amontonan, así como las joyas, sobre las losas. Más la Virgen y su Hijo permanecen impasibles; después de cada ofrenda se forma una apuesta para que la Madona pueda decir cuál es la que le



A la cabeza iban los caballeros, jóvenes y viejos, todos bien armados.

★

agrada á ella; el pueblo, en tanto, permanece ansioso, espera...

Nuevos dones se acumulan, y cuando ya hay demasiado, se les retira para dar lugar á otros. Mujeres con el corazón desbordado de fe, se han arrodillado, han desprendido cadenas de oro que les colgaban del cuello, han vaciado sus bolsillos de las perlas más preciosas—pero el milagro no llega—los animales inocentes, las bestiezuelas de la tierra fueron ofrecidos en vano—toda esa abundancia se esparcirá sobre los pobres, mas la señal del milagro es rehusada;—y, sin embargo, en la iglesia, adornada como una esposa, el clero le implora y el pueblo con el corazón ardiente, les responde. De uno en otro, á medida que el tiempo trascurre, se comunican que ya no tendrá lugar el milagro, rumor desolado, tremendo, que les aflige por parejo. Sin embargo, las letanías continúan apremiantes, suplicando á Nuestra Señora que tenga piedad de su pueblo.

A la luz de las antorchas que el viento agita, la imagen parece más y más viva—y hace un instante algunos han

creído que por fin el niño se inclinaba hacia su madre...

Mas al final ya se cansan las almas, cuando súbitamente, aparece como surgida de la obscuridad, una pobre solitaria que se precipita bajo la bóveda; las miradas se vuelven hacia ella, ¿qué puede traer esa mujer que llega tan tarde?

Con la cabeza humildemente agachada, avanza, y llegada frente á la sagrada imagen se arrodilla—unos se aprietan contra otros para divisar la ofrenda que trae. Sin embargo, sus manos no se abren. Pero de súbito se inclina y gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas y caen sobre las losas... Entonces, con sorpresa y encanto del pueblo congregado, se vió que el Niño Jesús se movía y que sus dos bracitos se alargan hacia la pobrecilla que como única ofrenda le traía lágrimas, es decir, su corazón.



El milagro no ha vuelto á realizarse nunca más.

BRADA

(Arreglo de F. R.)



Llegando ante la sagrada imagen, se arrodilla



Revelación de Pascua

# CARTAS DEL PADRE DIDON

A la Srta. Th. V.

"El Cristo es mi divina pasión, mi vida es el Cristo".



AY ciertos libros que una vez leídos pasan á ocupar lugar preferente en una escogida biblioteca;—libros que tienen el poder de despertar lo mejor y más noble de algunas almas, aquello que aparentemente duerme en completo olvido;—libros que llevan un sello personal y que guardando analogía con nuestro modo de pensar, responden claramente á diversas cuestiones ó temas que hemos dejado en nuestro cerebro con un prolongado punto de interrogación;—libros, en fin, que conmueven el alma, porque palpita en ellos toda una vida vibrante y fuerte, sacudida por las grandes tempestades del Amor y del dolor;—y estos volúmenes misteriosos los amamos y distinguimos entre muchos, como distinguimos y amamos á algunos amigos que se acercan á nuestra existencia.

Esto me ha ocurrido con las cartas del Padre Didón, á la señora Th. V.

Cayeron en mis manos, pero me resistí un poco á leerlas, recordando con tristeza que la vida es demasiado corta para alcanzar á recorrer todas las obras que deseáramos... y vacilando estaba, cuando ví en sus primeras páginas el retrato del Padre Didón. Mirélo y me asaltó el deseo de conocer algo de su vida. Su fisonomía, es fiel reflejo de lo que realmente él fué en su larga y penosa jornada por la tierra. Su ancha y despejada frente revela al pensador; en su mirada penetrante y dulce se lee su inmenso y místico amor hacia los que sufren; su nariz recta y las líneas firmes de sus labios hacen recordar aquellos antiguos tribunos romanos, en quienes parecía haberse reunido todo el valor y la fuerza tanto física como moral del hombre.

Es tan viril y enérgica su expresión y encierra tanta vida su retrato que ocurreseme nacido del vigoroso cincel del gran Rodin, escultor que con fuerza de titán, estampa en la piedra hasta la más leve expresión de la fisonomía humana.

• •

El Padre Didón fué superior de los dominicos, la orden de los hermanos predicadores.

Hombre dotado de gran inteligencia vastamente cultivada, de

ardiente y fecunda imaginación, no conoció su independiente espíritu las barreras de las pequeñeces humanas;—de carácter, era franco, abierto, entusiasta, luchador infatigable, verdadero apóstol de sus creencias y de su fe.

De origen francés, nació entre las pintorescas montañas de Gresivaudan, cubiertas por eternas nieves, heredando esa alma grande y elevada, que es el más rico patrimonio de los que crecen al pie de las cumbres... allá, donde no llegan las miserias de la tierra baja... y donde el hombre conserva más puro y más sano su espíritu...

Hijo de una mujer superior, de alma bien inspirada, recibió de ella lo mejor que él poseía, porque como él dice: "lo mejor que el hombre tiene no es lo que él ha conquistado con la punta de su espada, sino lo que él ha recibido"; la energía, la actividad, la voluntad sólo obedecen ó corresponden á una fuerza poderosa que se nos ha sido transmitida en la sangre y que junto con la vida recibimos de nuestros padres.

En su vasta carrera de religioso no se contentó con hacer el bien y cumplir las severas reglas de su convento, sino que aprovechó su talento trabajando sin desmayar en toda obra á la cual creía haber sido llamado por Dios.

Su espíritu anhelante de grandes horizontes en donde desarrollarse, tenía el vuelo del águila, siendo su divisa: "subir, subir siempre"... ascender las cumbres de las abnegaciones humanas, tocar con su frente el mundo de lo Infinito...; saciarse con todo lo bello, con todo lo noble; no buscó descanso en lo humano, las alas del águila jamás rozaron el polvo terrestre!

Subir, subir siempre y sólo en lo Divino buscar consuelo, luz y reposo en sus horas de inmenso dolor y trabajo: tal fué su santa ambición.

Su alma, su bellísima alma, era ardiente y sensible cual pocas; no conociendo virtud mayor que la de "amar" y era en esta virtud hecha de abnegación y ternura que él hacía consistir la Belleza moral.

Cual Lacordaire, poseía el don de la oratoria, sus palabras brotaban á torrentes cayendo como chispas en las almas de su auditorio, encendiendo en él la fe que la suya abrasaba.

Pierre de Coulevain, en su bellísima novela "Sur la Branche" nos habla de un sermón del Padre Didón, sobre la Eucaristía. El alma semi-incrédula de este autor, conmovióse hasta sus más

recónditas fibras... la voz vigorosa y sonora del orador cautivo sus oídos, y atentamente escudriñó su enérgico semblante, radiante de fe, para así no olvidarlo jamás. No conocía al celoso dominicano, pero la alta filosofía de sus palabras y su maravillosa intuición para explicar el dogma, produjeron un relámpago de luz en su fuerte espíritu... Antes de abandonar el templo preguntó el nombre del sacerdote, habló con él, confesóle sus debilidades y miserias recibiendo de sus manos el Pan de Vida, que alienta y consuela, que da amor, esperanza y paz.

"El Cristo, es mi divina pasión, mi vida es el Cristo", decía. Sólo dos grandes pasiones llenaron su vida de sacerdote: "el amor al Cristo, y el amor á sus semejantes"... y por medio de este amor, alcanzó el heroísmo, sacrificándole toda la parte humana de su naturaleza, llegando hasta lo sublime. A sus discípulos, infundiéndoles sus ideales y sus aspiraciones, enseñándoles con su ejemplo el camino seguro para encontrar lo divino, y ascender triunfalmente la montaña de la vida, inmolando el "yo".

Así formáronse una alma nueva, fortalecida con la fe, inflamada en la caridad y escudada con la abnegación, el olvido completo de sí mismo.

El Padre Didón, como San Pablo, sentía atracción irresistible por los gentiles y abrasado por la "divina chispa" llevaba la luz á los espíritus de los incrédulos;—los que más le interesaban en la gran familia humana, los que despertaban profunda compasión en su corazón eran los desheredados, esas pobres almas que no habían recibido el precioso don de la fe, ó aquellos que habiéndolo poseído lo perdieron y quedaron vacilantes, bogando en un mar de tinieblas y de dudas.

Hacia ellos tendía él sus miradas, por ellos sufría y á ellos iban dirigidos todos sus trabajos de apóstol.

Los buenos, los piadosos le interesaban mucho menos, éstos conocían las dulzuras celestiales... pero, los otros... esa multitud que vive sin Dios y sin esperanza en el más allá... sin un amigo que les diga al oído las palabras que salvan, las palabras de consuelo y de perdón!

...Y este hombre de bien, superior y grande, creado para la lucha, que trabajó sin desmayar por hacer brillar este mundo moderno al cual se sentía tan íntimamente unido, experimentó como todos los escogidos de Dios, los dolores que atormentan, las angustias que oprimen, las saetas que hieren... sufrió persecuciones y hasta el destierro;—lo enviaron á Corbara, y en medio del abandono y soledad, su alma acarició su cruz, con sin igual fortaleza.

"Ha llegado el tiempo de los completos sacrificios, exclamaba, de los holocaustos sin reserva, hay que sufrir, nada valemos sino hemos sido torturados. Todo destino que no tiene su calor, es un castigo de Dios".

"El hombre que se sacrifica, tiene el derecho de pedir á Dios. El hombre, no es grande ni bello, y sólo es digno de Dios, en las horas que se olvida de sí mismo, para servir á la verdad, á la caridad é inmolarse al deber".

Las cartas del Padre Didón, á la señorita Th. V. componen un precioso volumen lleno de sabios consejos de filosofía y moral; datan desde el año 1875 hasta 1898, y van dirigidas á una joven italiana de escasa fortuna, habilísima, perteneciente á esa raza de corazones magnánimos á quienes solamente las abnegaciones heroicas pueden contentar.

Esta joven trabajó como institutriz en Rusia y los paternales consejos del Padre Didón, por medio de su frecuente correspondencia, le sirvieron de guía luminoso en el duro camino de su vida.

El, la amaba con ese amor purísimo basado sólo en Dios... ella era su fuerza y su sostén en las amargas horas de desaliento; ambos vivían en una perfecta unión de almas, y esta comunión íntima, tan real y tan dulce no será comprendida sino por escasos seres.

El vulgo no se detiene á pensar el "por qué" del misterio de la súbita comprensión de nuestro espíritu con ciertos espíritus; mientras pasamos á veces toda una vida al lado de criaturas que serán siempre para nosotros extraños y que jamás penetran los sagrados santuarios de nuestro corazón.

El maestro y su discípula penetraron las dulzuras y los secretos de esa otra vida interior que corre á través de las profundidades de nuestro ser... se hablaron con ese lenguaje inmortal, que es la más rica elocuencia del corazón, rindieron culto á la verdadera amistad, y en el jardín de las virtudes que ellos cultivaron, plantaron la flor inmarcesible del "amor puro" ya que lo único durable y eternamente joven que poseemos, es el amor del alma.

Estas bellas cartas, no distan á veces unas de otras más de 15 días, no persiguen mayor fin que enseñar el bien á la joven,

prepararla para el sufrimiento, aclarar sus dudas y comunicarle su amor al Cristo, al mejor maestro, el único amigo, el Dios de los que lloran, sufren y luchan...

El las escribía so pena de caer en más de una boca malediciente exponiéndose á la calumnia y á mil comentarios desagradables de personas de estrechas miras que sólo comprenden la pequeñez de sus propias vidas; pero ¿qué le importaba á su espíritu altruista lo que éste ó aquel pudiera decir de su persona?... Todo le era igual. El vivía en un mundo inaccesible arriba, bien arriba, mirando hacia lo Infinito, en medio de las nieves de los blancos picachos, embriagado con el aire purísimo de sus montañas, contemplaba el cielo desde más cerca, y á los hombres desde mayor altura!

Sólo buscaba á Dios en las buenas obras que emprendía, encaminar una alma, darle luz, cultivar á la mujer, formar madres ejemplares, esposas fieles al deber, sacudir el polvo de las miserias humanas y hacer reinár el espíritu, inculcar el sello divino en todo sentimiento terrestre, sufrir y morir por las almas, por el Cristo, fué el único fin de su existencia.

• •

En todas las cartas del Padre Didón, no se trasluce ni un arranque de beaterío... ni una práctica exagerada, ni habla de santos, ni santas de moda... ni nada de esa parte exterior en que tantas personas hacen constituir su religión; son cartas que pueden ser leídas por cualquier espíritu, sin distinción de credos, no tendiendo todas más que á enseñar dos cosas que él coloca como base fundamental de toda felicidad, de toda religión:

"Amor y abnegación. No retrocedáis jamás delante una inmolación y recordad que todo amor de este mundo, no basado en el sacrificio, es un falso amor.

"Prefiero mucho más una lágrima derramada por los dolores de otro, ó por nuestras miserias, que todos los éxtasis de una refinada sensibilidad.

"Le he pedido al Cristo que os enseñe siempre á morir y á amar mejor. Estas dos palabras son idénticas: el que no muere no ama, y el que no ama no sabe morir. Morir, en el sentido divino de la palabra es dar su vida, todos aquellos que mueren no dan su vida y éstos son los más... Aquellos que aman sólo pueden y saben darla. Para conducirlos bien con vuestros superiores, ó con los niños que dirigís, no conozco más que una palabra para reglamentarlos: "la Caridad". La Caridad que inspira el bien, la caridad que perdona, la caridad que hace olvidarse de sí mismo, la caridad que tiene el tacto exquisito de decir ó de hacer lo que se debe, la caridad en fin que desarma á los más indomables, y que es la última palabra de la sabiduría"...

• •

No sabemos si la señorita Th. V. correspondió ó nó á los ideales de virtud que el Padre esperó de ella. Nada se puede afirmar, pues no aparece en esta obra la contestación de dichas cartas. Sin embargo, él deja traslucir que sufrió desengaños de su "hija única", como él tiernamente la llamaba.

El maestro, era un hombre casi perfecto, completamente entregado á Dios;—ella una desgraciada mujer que había conocido la miseria, una de esas almas que sufren y arrastran cadenas por el mundo, condenada á ganarse el pan con sus fatigas y lágrimas...

Se acercó lo más que pudo á la santidad del sacerdote, pero imposible fué para ella estar siempre á su altura moral.

Los más grandes ideales caen, y á veces demasiado abajo!... No obstante hay que reconocer en ella un corazón sediento de belleza, de bondad, de amor, de luz, de lo infinito, á que nada terreno satisface.

Bienaventurados los que sufren sed de ideales!...

Esta bella alma, guiada por el espíritu ardiente y grande del celoso dominicano, sólo apagó su sed de ensueños y de gloria, en el Cristo, y en el olvido total de sí misma.

"Hacer la felicidad de toda criatura", fué la máxima fundamental de la enseñanza de su director, y en ella encontró la única y verdadera Paz!...

"Sacrificarse no es morir, es vivir al céntuplo. El que da su vida la recobra agrandada y sin medida, aquel que la guarde, la pierde". (1)

Julio 1911.

CARMENIA

(1). Padre Didón.



# PRECURSOR Y REFORMADOR



ON Miguel Luis Amunátegui ha sido uno de los hombres más adelantados de su época. Es necesario recordar que empezó su vida pública en la administración del general Búlnes, y que murió antes de la revolución de 1891. Fué un verdadero reformador social. El inició como gobernante la participación de la mujer en los empleos fiscales; y abrió

así á las chilenas nuevos horizontes para ganar el pan de cada día y el pan de sus hijos.

"El pensamiento de U. S., se lee en nota dirigida por el director general de Correos al señor Amunátegui, Ministro del Interior, con fecha 21 de Mayo de 1869, el pensamiento de U. S. para que el servicio interior de las oficinas de correos de segundo y tercer orden se haga por mujeres de reconocida moralidad y competencia, siempre que las circunstancias lo permitan, dará indudablemente resultados muy satisfactorios á la vuelta de poco tiempo."

El señor Amunátegui, en la memoria que envió al Congreso á fines del mismo año, anunciaba que "esa idea se había principiado ya á poner en ejecución".

Los que vivimos en el año de gracia de 1911, no sospechamos la transcendencia social de la mencionada reforma.

Se concebía entonces, y se aplaudía, que las mujeres fueran lavanderas, costureras, domésticas, bailarinas, odalisca; pero se consideraba absurdo que desempeñaran funciones públicas rentadas.

Don Miguel Luis Amunátegui llegó más adelante.

Quiso educar á las mujeres á fin de que pudieran ejercer bien todos los cargos que hasta esa fecha habían sido patrimonio exclusivo de los hombres.

Como Ministro de Instrucción Pública, y por decreto de 6 de Febrero de 1877, declaró que las mujeres debían ser admitidas á rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales.

Desde entonces datan las abogadas y las médicas con diploma universitario.

"El Ministerio, según exponía el señor Amunátegui al Congreso, no había limitado á lo que queda expuesto sus esfuerzos en favor de la ilustración de la mujer. Deseoso de fomentarla, había procurado y había auxiliado las asociaciones de padres de familia con el objeto de sostener liceos de niñas en que se proporcionara á éstas una enseñanza seria y sistemática, dirigida á suministrarles conocimientos generales y sólidos".

"Afortunadamente, agregaba, esta idea había encontrado la más favorable acogida, principalmente en Valparaíso y en Copiapó, donde funcionaban, desde el principio del año escolar, dos establecimientos bien reglamentados".

Basta recordar que era Intendente de Valparaíso don Eulogio Altamirano, y de Atacama, don Guillermo Matta para que se comprendan la rapidez y eficacia con que tanto en Copiapó como en el primer puerto del país tomó cuerpo y se realizó el proyecto del Ministro.

A pesar de que la fundación de los liceos fué enérgicamente sostenida por los ciudadanos más cultos de una y otra ciudad,

encontró serias resistencias de parte de la autoridad eclesiástica, sobre todo en Valparaíso, no por cierto del gobernador don Mariano Casanova, pero sí del Arzobispo Valdivieso.

El clero consiguió, primero, que una maestra muy distinguida de Santiago se negara á aceptar el cargo de directora, y resolvió, en seguida, que eclesiástico alguno fuera á regentar en el liceo la cátedra de religión.

Creó de este modo matar al liceo de Valparaíso en germen; pero no contaba con las convicciones del Ministro, ni con la necesidad social del liceo.

Los liceos de niñas de Valparaíso y de Copiapó, hoy fiscales, fueron los primeros de su clase en el país.

Según lo afirma don Diego Barros Arana, en su biografía de don Miguel Luis Amunátegui, la actual ley de imprenta, tan liberal en sus disposiciones, es la misma, con ligeras variantes, propuesta por los diputados Amunátegui y Vargas Fontecilla en el

Congreso de 1868. Con esta ley cayó el más poderoso reducto inquisitorial que estorbaba en Chile la libre propagación de las doctrinas.

Quedaba en pie, sin embargo, la censura para la internación de libros.

"Veinte años después de la revolución de 1810 no podía internarse legítimamente ninguna obra sin permiso previo de censores designados por la autoridad eclesiástica, los cuales ajustaban sus procedimientos á las indicaciones del índice expurgatorio".

Entre los libros prohibidos se hallaban el *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, el *Ensayo de las Costumbres* de Voltaire, la *Historia de la inquisición española* de Llorente.

Don Andrés Bello obtuvo en 1832 que la junta de censura fuera mixta, y que á los comisionados del Obispo se agregaran tres personas nombradas por el Gobierno.

Los primeros que recibieron este encargo del Presidente de la República, fueron don Mariano Egaña, el mismo Bello y don Ventura Marín.

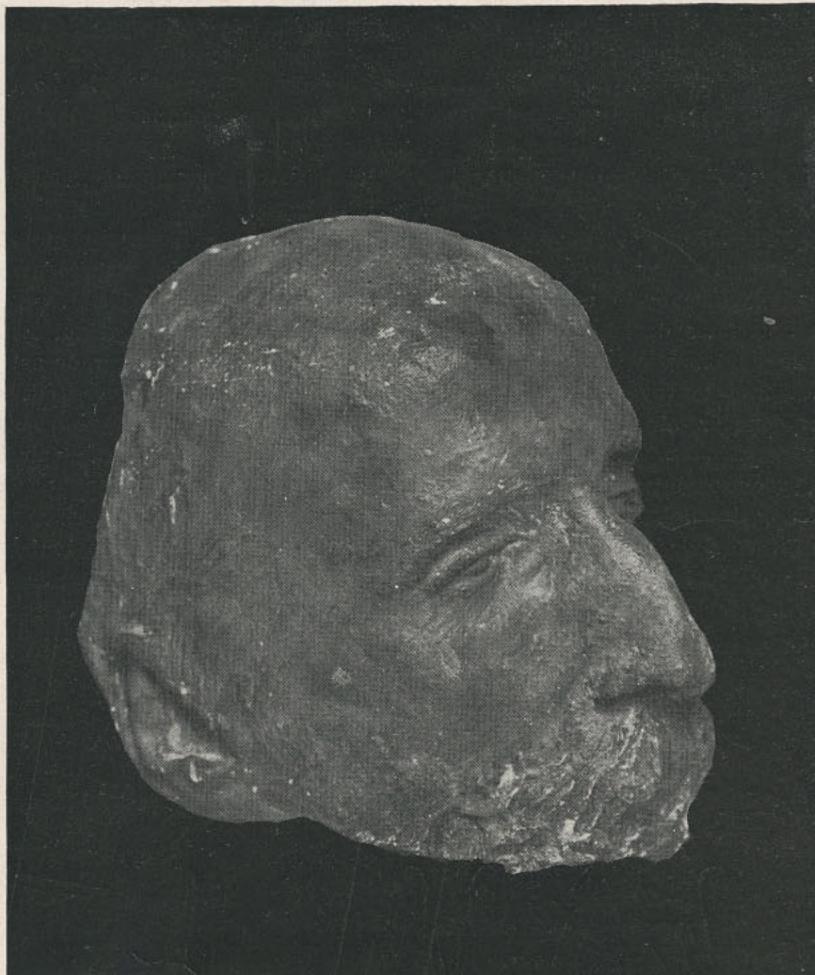
Tocó también á don Miguel Luis Amunátegui la gloria de derribar esta institución

de censura.

Está fresca en la memoria de todos los chilenos ilustrados la importante intervención del señor Amunátegui en la aprobación de las leyes que secularizaron el registro civil y los cementerios del Estado; é igualmente conocido es su dictamen en el sentido de separar la iglesia del gobierno político.

"Separemos, decía á los diputados en 15 de Julio de 1884, estas dos entidades que se miran con tanta desconfianza; dejemos que cada una de ellas obre en su órbita respectiva; no consintamos ni que el Estado se entrometa en la Iglesia, ni la Iglesia en el Estado, puesto que ni el uno ni la otra tienen para qué hacerlo".

Don Miguel Luis Amunátegui fué íntimo amigo de los más avanzados liberales: de don José Victorino Lastarria, á quien consideraba como su maestro; de don Diego Barros Arana, con quien colaboró en todas las reformas pedagógicas de la época; de don Manuel Recabarren, compañero de la infancia, quien sostuvo con ardor su candidatura á la Presidencia en 1875, á pesar de que



Mascarilla de don Miguel Luis Amunátegui

el partido radical trabajaba por don Aníbal Pinto; de don Guillermo Matta, cuya obra poética juzgó y ensalzó con entusiasmo cuando ambos eran aún muy jóvenes; de don Francisco Bilbao, el apóstol de la igualdad, muerto de 42 años en Buenos Aires, en 1865, cuando la América tenía derecho á esperar mucho de la espontaneidad y nobleza de su alma.

Este último, que fué el eterno desterrado de su patria, no se olvidaba nunca de su amigo Amunátegui, y le escribía siempre de todas las ciudades á donde le llevara su desgraciado sino: Lima, París, Buenos Aires.

Le comunicaba sus impresiones de viaje; le daba su opinión sobre los sucesos políticos de Chile y del continente americano; le enviaba los libros y artículos publicados por él en el extranjero; le daba cuenta de su actuación en los negocios públicos del Perú y de la Argentina; le acusaba recibo de las obras escritas por el señor Amunátegui, con el juicio personal que se había formado sobre ellas; le conversaba largamente sobre las personas de las familias de ambos, y sobre los amigos chilenos que lo eran de uno y otro.

Una de las desgracias que más entristecieron el espíritu de Bilbao en sus postrimerías fué la muerte de su padre, don Rafael Bilbao, á quien adoraba.

Don Francisco Bilbao sentía latir en su pecho un corazón de niño.

La última carta suya que recibió don Miguel Luis Amunátegui fué la siguiente:

"Buenos Aires, 17 de Octubre de 1863.—Mi querido Miguel Luis: Cuánto tiempo sin tñ escribirme! Pero, si en vez de cartas, me envías un volumen, y dos, en un año, tienes razón para no particularizarte.—Ya te hablé en mis anteriores de la *Conquista de Chile*, y leí, lleno de gozo, el juicio de Samper sobre tu obra: no se puede decir más, ni mejor. Ahora te voy á elogiar, pues veo que cada producción tuya nos condena al elogio, sin remisión".

Debe saberse que Bilbao coincidía en el juicio que acaba de leerse sobre el *Descubrimiento y Conquista de Chile* con el Arzobispo de Santiago don Rafael Valentín Valdivieso, quien declaraba, según lo he oído á su sobrino el respetable historiador don Crescente Errázuriz, que no se cansaba de leerlo.

En seguida don Francisco Bilbao entra á discurrir sobre *La cuestión de límites entre Chile y Bolivia*, que el señor Amunátegui había publicado en Santiago en Agosto de 1863.

"Con tu libro, le decía Bilbao, quedo instruído y convencido. Pero es de desear se termine pronto y arbitrariamente. Inútil te diga detalles. Veo lo mucho que has trabajado y la firmeza romana con que arguyes. Tus libros deben ser premiados por la patria".

Es evidente que si Bilbao hubiera sobrevivido á don Miguel Luis Amunátegui, se habría contado entre los iniciadores de su consagración en el bronce.

La carta terminaba de este modo:

"Tengo curiosidad de saber si te ocupas ó preparas para tratar de las razas de América, ó de la Anca, ó de sus lenguas. Muchas preguntas te haría; pero, como no me contestas, desmayo. Esta te escribo para felicitarte por tu obra y repetirte que te amo y admiro. Tuyo.—Francisco Bilbao.

"A Víctor, mis buenos recuerdos. Y mi mamá los recuerda siempre con mucha afección.

"En la *Revista de Buenos Aires* saldrá un juicio de tu obra por el señor Quezada.

"Quiero me digas si he hecho un disparate al poner sobre la lápida al cuerpo de papá estas palabras: *Pater! Amor. Immortolitas esto.*

"Háblame con franqueza, y no temas; pues, si es un disparate, lo borraré.—F. B."

Habían transcurrido solamente un año y cuatro meses cuando el cuerpo del simpático agitador iba á reunirse con el de su padre bajo la losa de mármol.

Don Miguel Luis Amunátegui contó además con numerosos amigos en las huestes conservadoras.

Cultivó estrechas relaciones con don Manuel Antonio Tocornal, hasta que este prestigioso jefe del partido pelucón bajó al sepulcro, y, durante toda su vida, con don Melchor Concha y Toro y con don Manuel José Irarrázaval, que supieron apreciar en el señor Amunátegui al liberal convencido, pero tolerante de las ideas ajenas y respetuoso de las creencias contrarias á las suyas.

Don Miguel Luis Amunátegui fué un estadista y un reformador, según los principios científicos modernos.





## LAS PAGODAS DE ORO

ERA en el mar, á la hora prima de la mañana, entre las brumas del Iraouady, ante las bocas del gran río, en medio del torbellino de las gaviotas. Después de partir tres días antes de Calcuta, debíamos tocar tierra en Pirmania, de la cual nada se divisaba todavía. El agua, tan azul en la víspera, cuando atravesábamos el golfo de Bengala, se ha

tornado rubia y ya no tiene contornos, bajo esa bruma de color de perla que inmediatamente se confunde con ella. El despuntar del día sólo ilumina para nosotros un mundo inconsistente, sin aparentes límites, pero que sin embargo no es el vacío; un mundo de vapores cálidos, saturados de gérmenes.

Las gaviotas se agitan innúmeras. Clamores, batir de plumas. Blancas ó teñidas de gris, á millares de alas llenan la extensión imprecisa; alas nerviosas, rápidas, cortantes, que azotan los aires espesos con rumores de abanico; la vida intensa de los pájaros pescadores nos envuelve en ese vaho para nosotros apenas respirable, que el gran río exhala siempre al caer de la tarde.





Medio día. Así como en el teatro se alza una cortina, la bruma en un minuto se desprende de las cosas terrestres; sube, se disuelve en el cielo, todo ha concluído. Un sol tórrido, súbitamente develado, hace relucir en torno nuestro las aguas amarillentas del río. Por todas partes aparecen costas bajas, se diría semiahogadas, recubiertas por un tapiz de húmedas verduras. Y en las lejanías de ese país plano, en el fondo de las llanuras demasiado verdes, en las cuales nada humano se dibuja, algo único detiene y perturba los ojos; creeríase ver una gran campana de oro, coronada por un mango de oro. Eso es oro, sin duda alguna; brilla con resplandor tan fino! Pero se encuentra de tal manera lejos que es preciso que exceda de todas las proporciones conocidas, que sea algo enteramente gigantesco, ¿qué podría ser?

Esa es la pagoda por la cual yo he emprendido tan santa peregrinación, la más santa de las pagodas de Birmania, que contiene reliquias de los cinco Budas y tres caballos de Gaudama, el último de los tres. Es pagoda milenaria; desde hace mucho tiempo los fieles llegaron á ella, de todos los puntos del Asia, llevando regalos preciosos, riquezas y oro, oro sobre todo, placas y hojas de oro para engrosar la espesa revestidura que encubre magníficamente su gran torre, y que espejea allá abajo, con los rayos del sol.

Con todo, su primer aspecto está lejos de haber quedado inalterable; durante toda la Edad Media, los peregrinos sin número que sin cesar le llevaron los navíos de la China y de la India, la notaban sobre el horizonte bajo el sol de aquellos tiempos, tal como yo la veo en este propio instante: campana de oro planeando sobre una cúpula de verdura eterna.

En consecuencia, la ciudad que vamos á tocar es Rangún, y con rapidez se acerca, en tanto que allá abajo la campana se empeña en mantenerse en lejana inverosimilitud.

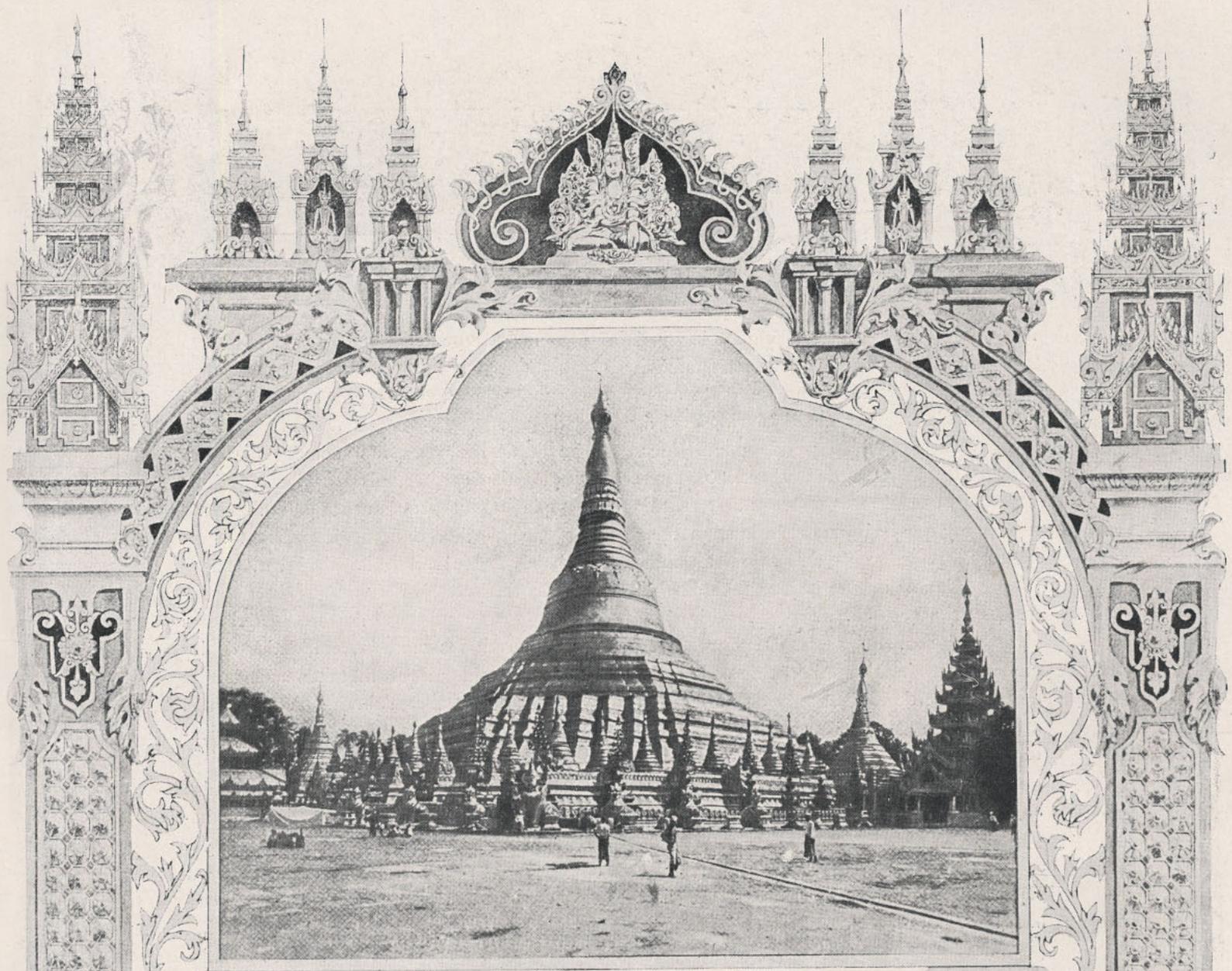
Oh! Cuán grande es la fealdad de lo que se nos presenta, en las riberas en otro tiempo feéricas del Yraouady; los nuevos conquistadores han vomitado sus fierros, el carbón, los altos hornos, que apestan el aire, porque aquí se encuentra Rangún, donde la culebra llamada civilización de occidente ha venido á aplicar su ventosa para sacar las riquezas y las fuerzas vivas de la Birmania. Cinco ó seis kilómetros de ferrocarriles, de techos de zinc, de ferry boats, amarrados á la orilla. Y las pobres bellas pagodas de otro tiempo se pierden entre las puntas de los hornos de cañones negros á los cuales se mezclan las cúpulas doradas. Y los pobres birmanes, mezclados por fuerza á las recientes agitaciones obreras, se agitan, cansados en el carbón y en el humo.

Después de los horrores del malecón vienen los horrores de la ciudad. Una Rangún inmensa y nueva, dotada de plazas con césped recortado correctamente, á lo largo de las calles tiradas á cordel, se alinea cuanto ha podido pasar por los cerebros europeos con delirio colonial—templos griegos en los cuales se venden salchichas, castillos feudales de zinc, en los cuales se vende zapatería, catedrales góticas en las cuales hay almacenes chinos, porque hasta los chinos se han descargado sobre los pobres birmanes.

Sabido es que los europeos, en estos países de mortal calor, sólo salen de noche. Debo pues esperar el declinar del sol para dirigirme á una pagoda, á esa pagoda notada desde lejos por los deslumbramientos del mediodía.

Mi coche cerrado no acaba nunca de atravesar toda la ciudad horrible, el horrible arrabal de zinc y de ladrillo, y luego, por momentos me dejo conducir todo descorazonado, sin mirar cosa alguna hasta que mi cochero indú se detiene, se adelanta á la portezuela y me declara que ya hemos llegado.

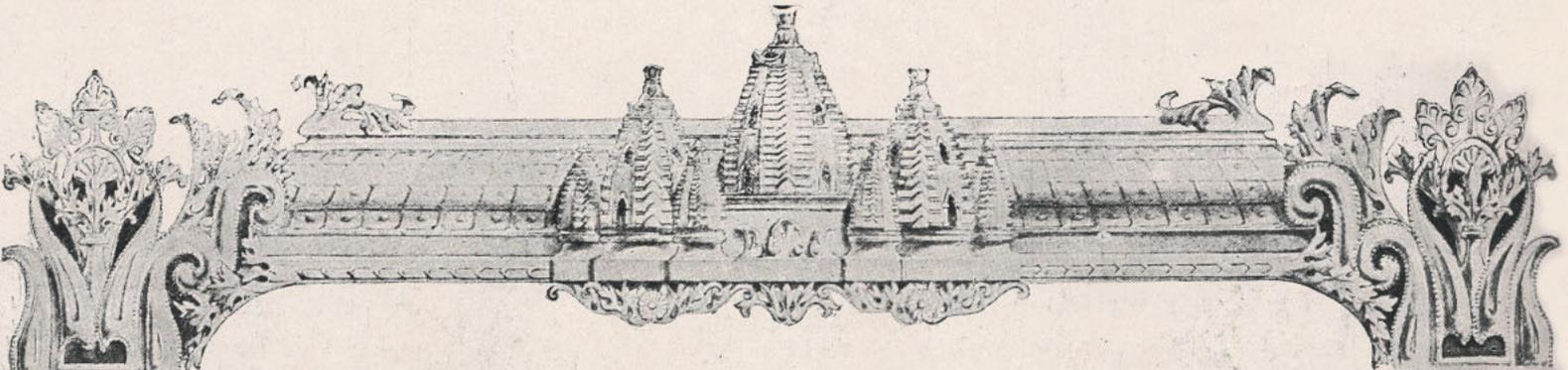
Preveía pues la gran campana de oro ya próxima y colgante. No, no la descubro en parte alguna. Pero estoy al borde de una colina de extremos abruptos y como fortificados, defendida por una fosa en el recinto.



En el centro se alza en forma de campana una pirámide de oro

Ahora bien, esa colina es un bosque empingrotado, en el cual las elevadas palmeras y los abanicos inmensos de la flora ecuatorial entremezclan sus poderosos nervios. Y por acá y por allá, entre las cimas de los árboles, entre sus grandes penachos verdes, se lanzan especies de campanillas de encajes de oro, dando á entender que esas masas de follaje abrigan palacios feéricos, ocultan fastuosos edificios, de arte desconocido y exquisito.

Por encima de la ancha fosa, un sólo punto da acceso á ese bosque de la colina sagrada, un puente ascendente que tiene tramos como una escalera. Llega á una puerta que se abre sobre la sombra, sobre la noche, como una boca de túnel, pero que era dorada por completo y cincelada como si fuera una joya. Y de cada parte de tan delicada entrada de encanto, dos monstruos de piedra de cuarenta pies de alto, asombrosos de enormidad y de maciza barbarie, hacen la guardia, sentados sobre la parte trasera, como perros; por encima de todas las palmeras, de todas las verduras, de todos los oros, sus cabezas se perfilan en el cielo, con la tarasca abierta, como para recordar las vecindades de la China y de su dragón celeste. Sin duda tienen por misión advertir á los recién llegados que no habrá sino encanto y sorpresa en este edén, pero que palpitarán así mismo un poco de sorpresa y de terror, porque es el dominio de los espíritus, es el altar que los hombres del país



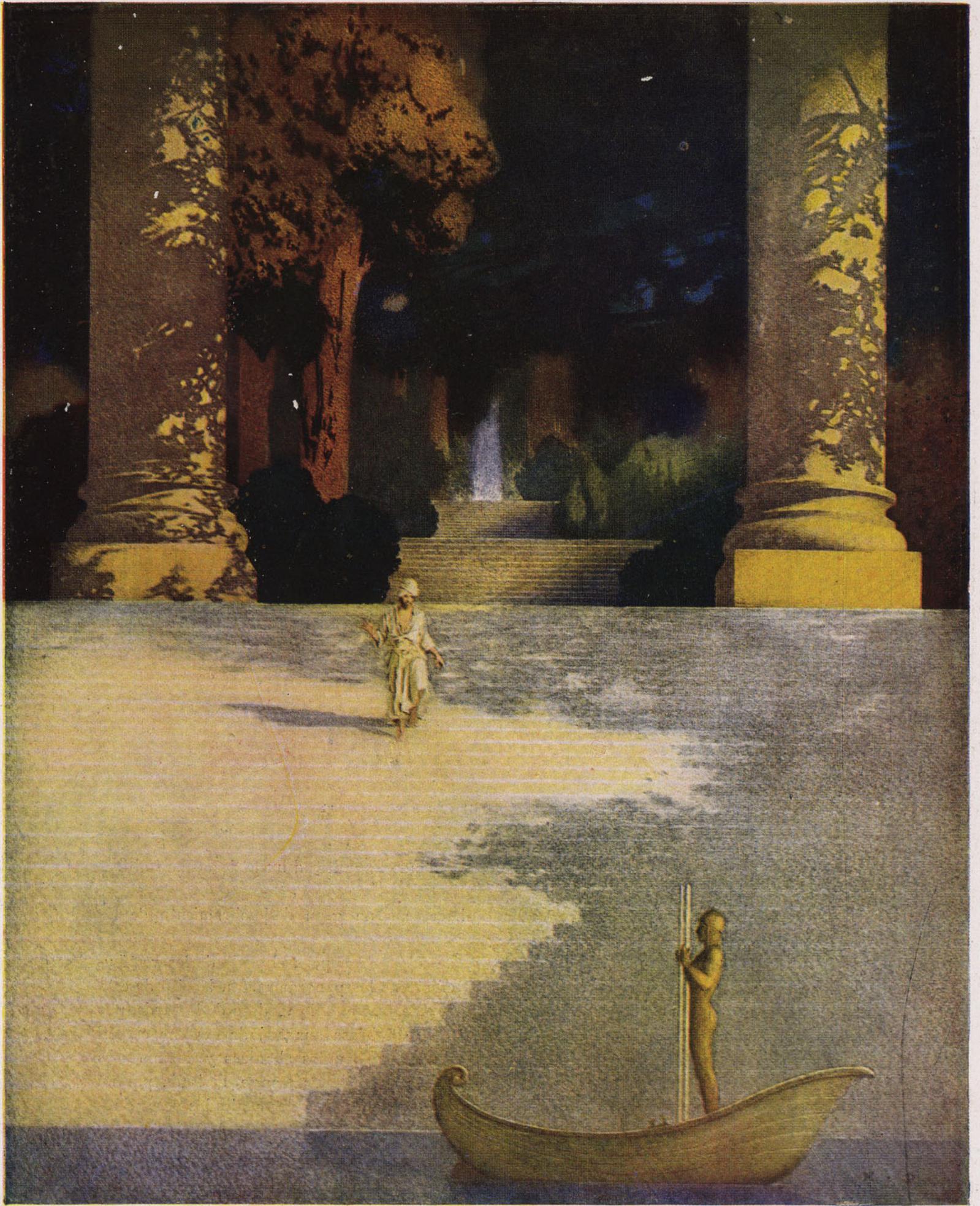
han elevado á su ensueño particular y á lo desconocido que todos llevamos en el alma. Traspaso la bella puerta, de coronamiento erizado de campanillas de oro, y me hundo en la obscura subida. Uno se siente sorprendido por la penumbra; por otra parte, se aproxima la noche y el sol tórrido está á punto de apagarse. Uno se desliza sobre las piedras de entonación pulida por el incesante pasar de los peregrinos con los pies desnudos. En este corredor ascendente, un capitoso olor de flores embalsama el aire, cálido y pesado, con algo de fiebre y de gardenia; algo que es voluptuosamente kortal. Gente que sube y que baja, me roza incesantemente. Son birmanes verdaderos, con sus trajes; aparte la pobre gente de los muelles, aún no los había encontrado, allá abajo, al cruzar la atroz ciudad, que no parece poblada sino de chinos y de ingleses. Y sobre todo son birmanes los primeros que yo veo en las lejanías del corredor; sus grupos se destacan en colores vivos y claros. Subo, subo siempre. Doraduras brillan en los maderos cincelados de los techos interminables. Ahora, de cada lado de la escalera, hay mercaderes de azúcares y de juguetes, de estatuillas y de flores, de tantas flores para los Budas que habitan en lo alto, donde se ven ramos de flores que embalsaman, lilas, jazmines, tuberosas; uno se siente turbado por la mezcla de tantos olores en el calor muelle de la tarde que avanza.

Oh! cuán gentiles esas pequeñas birmanas que avanzan, risueñas y tan adornadas bajo sus matices tiernos! Sobre sus espaldas llevan fajas de transparente seda y de impalpable gasa, ya rosa, ya verde agua, aurora ó azul de cielo. Flores naturales en los cabellos todas, y á menudo, el cigarro en los labios, junto con la risa. Son figuras que ya representan el extremo oriente, según me veo obligado á reconocerlo; nada tienen, sin embargo, de la mirada tirante de las japonesas; pero tienen lo suficiente de la raza amarilla para darles un aire de gatitas. Las que suben, llevan grandes ramos de flores, en ofrenda, y las que bajan, sólo llevan flores en la cabeza, gardenias y rosas pompones. La diversión de encontrarlas, me distrae de todas las demás cosas, á lo largo del camino cubierto que conduce á la pagoda.

Cruzo aún por otras puertas doradas que guardan monstruos y los tramos se suceden en una serie, por la penumbra creciente, en la cual brillan los dorados de los techos. Los birmanes que no cesan de llegar, para la adoración de la tarde, compran charlando, pasteles y flores en las pequeñas ventas, al borde de las escaleras; tienen la piedad risueña y ligera, á lo menos en cuanto á lo exterior concierne. ¿Quién puede saber lo que pasa en el fondo de sus almas? Son arios, pero cruzados con chinos, lo que vale decir, incomprensibles para nosotros.

Un vendedor vino á traerme flores; entonces las jóvenes que subían se detuvieron para hacerme señas de que yo, así como ellas, debía llevar también flores para los Budas que habitaban arriba. Eso no se niega, ciertamente, yo también quiero llevar flores á los Budas, aún á la imagen, al reflejo un tanto deformado de su grande alma de piedad, dejado en aquellos extremos del Asia.

Aquellas mujeres semiamarillas, se hallan vestidas, por refinamiento de coquetería, como las maravillosas entre nosotros, al estilo decadente; la seda que estrecha sus riñones, se encuentra colocada de una manera demasiado justa y durante la marcha se abre para dejar entrever la pierna desnuda, muy bonita con su color de ámbar. Al principio creí en el caso excepcional de alguna que se hubiera vestido demasiado rápidamente; pero nó, en todas es lo mismo á cada paso que dan, á cada movimiento se prevee que se traslucirá demasiado, pero aquello se detiene justo á punto y las conveniencias se salvan. Para obedecer á las jóvenes, he comprado una gavilla, cuyo perfume marea en las escaleras



LA TARDE EN EL INTERIOR DE UNA PAGODA



Astas de oro levantan en el aire gallardetes y largas "boas" de seda

demasiado llenas de gente, donde hace calor y donde la multitud huele demasiado al ámbar de la China y al jazmín y la carne.

Por fin, tras la última puerta la luz se hace con un gran deslumbramiento de las pagodas de oro. Era algo inimaginable.

La escalera de sombra por la cual acabo de subir, desempeña el oficio de los vestíbulos oscuros, que entre nosotros preparan el efecto de los panoramas. En lo alto de esta colina, estoy en una ciudad chispeante y fantástica, bajo el cielo verdoso de la tarde, por el cual desfilan nubecillas de color de brasa roja y de brasa anaranjada; es una ciudad de oro, que las palmeras envuelven entre las cortinas de amplios abanicos y de inmensas plumas. En el medio se entroniza la campana de oro, de largo mango, divisada por mí esta mañana, la que se divisa de lejos, por todos los puntos por los cuales los peregrinos llegan; su punta, casi aterrada de subir tan alto, brilla como fuego al sol poniente, y su base, que se amplía hasta formar un cono inmenso, parece una colina de oro. El oro por todas partes, de cerca y de lejos; el oro en campo de oro. En torno de esa pirámide se agrupan multitud de cosas igualmente doradas con locura, igualmente puntiagudas, como flechas en el aire; diríase, en torno, largos lirios de oro. Son pagodas de un lujo inaudito, enteramente brillantes de la cima al suelo, ó bien, en gigantescos vasos de oro, gavillas de flores de oro, gavillas alargadas como árboles.



Los birmanes están en adoración sonriente, llenas las manos de gardenias, dando lentamente la vuelta en torno de aquel templo de joyería, por un camino circular que, del lado exterior, está rodeado igualmente de otros templos, igualmente de oro, cerrados en el fondo por una cortina sombría de verdura, por grandes palmas, por grandes abanicos de madera.

El espíritu choca con lo desconocido de los símbolos, ó bien se entretiene con lo bizarro de la arquitectura. El barrio central, en medio de las palmeras, tiene monstruos semiocultos entre las ramazones oscuras, rígidas y magníficas; son esfinges doradas, de tamaño colosal, en las mismas actitudes del Egipto, que llevan muy altas sus gavillas de flores y su plácida fisonomía de mujeres; ó bien son elefantes blancos, arrodillados, que muestran por acá y por allá sus espaldas enormes de mármol ó de piedra, empenachado de oro. Oyese una vaga música, muy tenue, que parece venir de muy lejos, impregnando el aire todo. Emanan de todos esos ramos de oro cuyos tallos emergen de grandes vasos; cada una de esas flores es una campanilla ligera, que el más mínimo soplo agita.

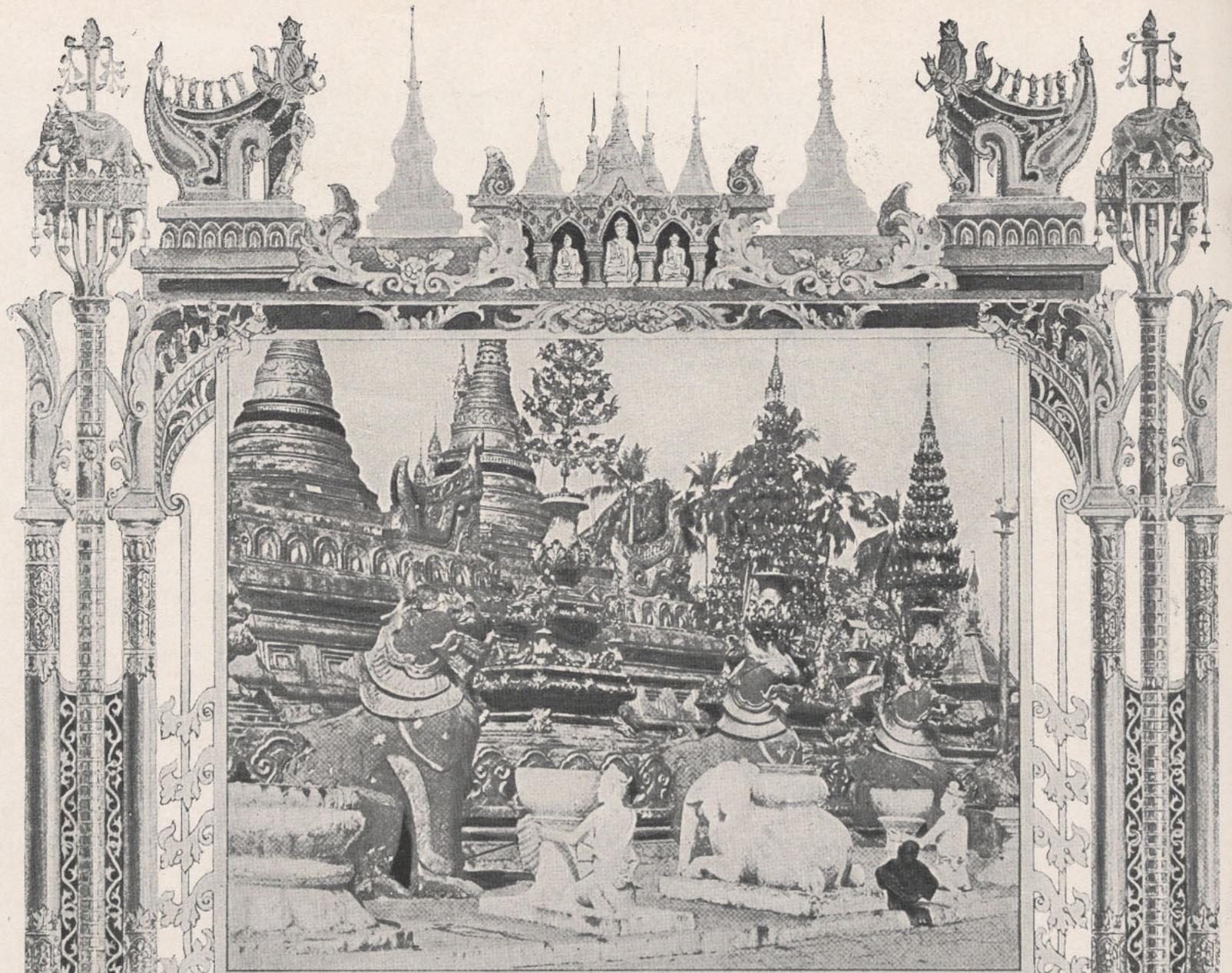
En lo alto, en pleno cielo, la cima de la pirámide soberana está coronada por un sombrero chino, cuyas campanas y campanillas cólicas, resuenan con el soplo del viento, cayendo como racimos, racimos de oro que cantan en el indefinible concierto.

Esto es lo que da á los edificios un aspecto de orfebrería preciosa, arrojando tantos fuegos á lo largo de las cornisas, de los pilares, de las coronaciones, de los frisos, en una profusión de mosaicos, en cristal de diferentes colores, tallado en facetas, como las piedras finas: diríase que todo se baña en zafiros, en rubíes, en esmeraldas.

Sigo con la mutitud aquel camino pavimentado de piedras blancas, al través de la ciudad de oro. Todas aquellas pagodas puntiagudas están abiertas y muestran sus dioses. Bajo las bóvedas inimaginables de riqueza, entre columnas cinceladas, como juegos de paciencia china, aparecen los Budas de cabeza sobrehumana, sentados en cenáculo, al abrigo de quitasoles bordados de oro. Ante ellos, quemadores para los perfumes que humean incienso y vasos para las gardenias y las tuberosas que cada tarde les traen, y candelabros de oro que acaban de encenderse en el crepúsculo. Los Budas de Birmania son de dos especies: pulidos los unos, con reflejos de cera ó de cadáveres, y los otros como alabastros, todos en la misma actitud ritual, con la misma sonrisa y con el mismo aire de misterio.

El aire acaso aparece menos pesado aquí, en esta colina, que en la ciudad y en los prados de abajo.

Estoy en mi segunda ó en mi tercera vuelta—no sé bien—por esta calle circular, bordeada de fachadas de oro. La gran cortina de árboles que lo encierra todo, se torna más sombría; hacia el oeste una especie de incendio nos envía sus reflejos rojizos al través de las ramas, ó rompe el bosque con largas rayaduras de fuego, y es el sol que decididamente va á apagarse. Cerca de mí caminan las mujeres jóvenes, vestidas como maravillosas y envueltas en fajas de gasa; sin cesar de sonreír cantan himnos búdicos, golpeando las manos, para seguir el ritmo de la medida lenta y cadenciosa: adoraciones frívolas y alegres. Hay también grupos de chicuelos que sin meter ruido, saltan de una manera fácil y discreta, conservando cierta gracia, un tanto femenina. Muchos otros fieles están arrodillados delante de los Budas de ojos bajos, cantando suaves letanías. Los sacerdotes del inmutable rito llevan las cabezas afeitadas y trajes amarillos anaranjados ó túnicas de azafrán. Como sus miradas, hasta sus brazos desnudos, aparecen amarillos como si fuesen sombras de oro sobre fondo de oro.



Todas las campanillas de oro

Las pagodas difieren en formas, en cinceladuras, en contornos, en ornatos; pero todas hacen relumbrar sus miles de cristales de facetas, y todas se alargan y se estiran hacia el cielo terminando en agujas afiladas, sus pilares cortos, que se dijera colgados de brocado sus pequeños pórticos, que se dijera cubiertos de festones extraños se sienten como aplastados por los inmensos techos de oro de exorbitante altura — techos de cinco y de seis pisos, que sólo sirven de pretexto para multiplicar los cuernos y las puntas. Todo aquello aparece puntiagudo hasta la extravagancia. Cuán singular aparece aquel concepto de la punta que persevera durante siglos y siglos, preñando la imaginación de los pueblos de Birmania y de Siam.

A más de las pagodas, hay cantidad de edificios de oro, kioscos bizarramente frágiles, ó simples campanillas que se lanzan del suelo y llevan en el extremo de su punta un sombrerillo de oro, de campanilla cólica; hay obeliscos de oro incrustados de esmeraldas y rubíes, con esfinges de oro sentadas en la cúspide, ó bien pequeños elefantes de oro. Y por todas partes lanzas gigantescas sostienen por los aires oriflamas de colores extraños ó largas boas de seda, que el menor soplo hincha y enreda en los árboles del bosque vecino.

Aquellos árboles que se estrechan en torno de la ciudad de oro, que se inclinan sobre ella como para mantenerla encerrada, son cocoteros de largas ramas, bananeros hermosos, plátanos de las Indias, de talle recto y desplegados en bóvedas de sombra.

Tantas delicadas maravillas amontonadas en torno, representan si-



glos de esfuerzo y de trabajo paciente, que han debido comenzar con los primeros años de la expansión budista.

A pesar de las capas de oro sucesivas, se nota un arcaísmo muy lejano, y hasta la caducidad se indica á veces por cierta inclinación de las líneas, el desgaste de los mármoles y el desnivel de los caminos, que nos dicen los años sin número, dándonos el sentimiento del pasado, sin el cual los sitios de adoración parece como que no tuvieran alma.

Siéntese que aquellas pagodas son muy viejas y que muchas generaciones las han saturado con sus extrañas oraciones y rezos.

Todas aquellas jóvenes de flores en el pelo y gardenias en las manos, aparecen como hadas de la sonrisa, y sin embargo es visible que también rezan, á su enigmática manera. Pasan y repasan; sus grupos se extienden en fantásticas decoraciones de ópera, y hay una entre ellas, que ya comienzo á reconocer. Una que ha llegado á convertirse á mis ojos en la encarnación de la belleza birmana.



Los últimos rayos del sol poniente acaban apenas de apagarse y el cielo, en un minuto se vuelve crepuscular, aprontándose la multitud á abandonar ese lugar mágico; en los países próximos al ecuador es breve aquel instante fugitivo de la vida diurna: comienza tarde, cuando el sol está á punto de declinar, y concluye súbitamente desde que se pone; las tardes se prolongan suavizadas en la sombra.

Siéntese como una impresión de destierro; para nosotros nada contribuye tanto á la melancolía como esa brusca y súbita caída de la tarde.

Ya la cortina de árboles en torno nuestro se ha vuelto sombría; por acá y por allá, alguna palmera corta su silueta de plumas sobre un cielo amarillo y verde, y pequeñas bandas de nubes pasan del color de rosa al violeta sombrío ó anaranjado.

(Arreglo especial de F. K.)

P. LOUI.

# CONVERSANDO SOBRE ARTE

## REFLEXIONES E IMPRESIONES SOBRE EL SALON DE BELLAS ARTES

Son del dominio público los desgraciados incidentes que han señalado la organización del Salón de este año. Malos estrenos tuvo el pobre Palacio de Bellas Artes en su vida diaria: parece que una mala hada quisiera hacerle pagar su brillante inauguración con la Exposición internacional! Primero, la huelga de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, ahora la bolina levantada por los descontentos con las decisiones del Jurado del Salón, es mucha revuelta por tan pocos meses de existencia.

En el fondo, estos distintos incidentes tienen un origen común y desgraciado y revelan un malestar evidente en el espíritu de la juventud estudiantil artística. Pero la culpa no es de esta juventud: los jóvenes no son nunca los verdaderos culpables de los yerros que cometen colectivamente. La culpa la tiene la falta de dirección seria y elevada, y la falta de educación para la vida intelectual y artística. Acostumbrados, desgraciadamente, muchos de ellos, á formar agrupaciones que consideran como enemigos todos los que no pertenecen á su grupo, pierden el sentido de lo justo y de lo injusto, pierden también el verdadero sentido crítico, y donde debe existir, por ser almas de aspirantes á artistas, generosidad, anchura de ideas, nobles ideales y altruismos, malos consejos han colocado, demasiado á menudo, estrechez de miras, reconcentración prematura de las pocas enseñanzas, no siempre buenas, recibidas, y fatalmente, en la práctica del arte, amaneramiento que no va nunca sin un gran contento de sí mismo: quien cree haber llegado á la meta debe, naturalmente, sentirse feliz y orgulloso.

Dije y repito que los jóvenes aquí no tienen la culpa de este estado de espíritu, porque además de lo que he apuntado anteriormente, les falta también el inmenso campo de comparación—suprema escuela de modestia!—de los grandes centros artísticos europeos, y particularmente de París.

Pero hay otra cosa todavía que no se les ha enseñado bastante y que es de suma importancia para el refinamiento de la sensibilidad y de los sentimientos artísticos, es el respeto hacia las obras de arte (aunque no pertenezcan á la escuela de sus preferencias) y á los artistas, sus mayores en la carrera, que se han impuesto por sus obras á la atención pública.

En el admirable cuento de Balzac titulado: "Le chef d'œuvre inconnu", encuentro esta página cuya traducción dedico á la juventud artística:

"El joven experimentaba esta sensación profunda que seguramente hiciera vibrar el corazón de los grandes artistas, cuando en toda la flor de su juventud y de su amor hacia el arte, se encontraban delante de un artista famoso ó de una obra maestra. Existe en todos los sentimientos humanos una flor primitiva, creada por un noble entusiasmo que va debilitándose paulatinamente hasta que la felicidad se haya convertido en recuerdo y la gloria en mentira. Entre estas emociones delicadas, nada se parece más al amor como la joven pasión de un artista en el momento de empezar el delicioso suplicio de su destino de gloria y



TARDE

VALENZUELA LLANOS

de desgracia, pasión llena de audacia y de timidez, de creencias indefinidas y de descorazonamientos inevitables. Al joven que, con los bolsillos vacíos, pero con el corazón lleno de ilusiones, no se habrá sentido hondamente impresionado en presencia de un maestro, le faltará siempre una cuerda en el alma, no sé qué pincelada genial, cierto sentimiento en su obra, cierta expresión de poesía. Si algunos pretenciosos, llenos de orgullo, creen demasiado pronto en la seguridad de su porvenir, estos son hombres de talento, únicamente para los tontos, pues el verdadero talento debe medirse por esta timidez primera, este pudor indefinible que los hombres destinados á la gloria pierden después, en el ejercicio de su arte, como las mujeres hermosas pierden el suyo en los manejos de la coquetería". . .

Al leer estas líneas, tengo el recuerdo vivo de mi propia juventud, en que al acercarme á cualquier artista glorioso, experimentaba la misma impresión que debe sentir un devoto en presencia del Papa: en mis primeros años de estudio tenía que interrumpir mi trabajo cuando el maestro entraba en el taller, pues la impresión nerviosa me hacía temblar la mano. Puede ser que la relación de esta sensibilidad haga refr á algunos... tanto peor para ellos.

La educación de un artista no consiste sólo en la enseñanza de los principios del dibujo y de ciertas fórmulas y secretos del oficio: debe tender también y sobre todo á formar el espíritu y el alma de los jóvenes, su cultura general, intelectual, filosófica y social, para el papel que siendo una élite, deben representar en la sociedad el de educadores y "pionniers" del refinamiento.

Todas las observaciones anteriores las hice, naturalmente, hablando en general: conozco á varios jóvenes artistas, que manifiestan las mejores intenciones, en este orden de ideas y



RETRATO DE P. B. R. V.

PLAZA FERRAND.

estoy convencido, que todos, por ser artistas, tienen en germen estas preciosas cualidades de sensibilidad, que bien cultivadas deben desarrollarse.

Si insistí en este punto, es porque considero que tiene una relación directa de los acontecimientos á que dió motivo la actuación del jurado y porque tengo la seguridad que esta cuestión tiene una gran importancia, si no para el arte en general, que está por encima de todo, por lo menos, para sus manifestaciones públicas, las exposiciones, los salones, y las relaciones de los artistas entre sí y con el público.

Si los jóvenes que formaron la algarabía por las decisiones del jurado hubiesen tenido esta timidez, este pudor, este respeto que para Balzac son las señales más seguras del verdadero talento ó sencillamente quizás si no se hubiesen dejado llevar por un arrebató, excitándose mutuamente, habrían comprendido que el jurado que atacaban, le componían, además de un caballero que, aunque ajeno á la profesión artística, ha dado toda su vida las pruebas más efectivas de su interés para el arte y ofrecido siempre el más decidido apoyo á los artistas y particularmente á los jóvenes, le componían, decía, dos artistas ya mayores y cuya vida puede servir como ejemplo de honradez artística, de rectitud, de lealtad, puestas al servicio de un talento que á los dios les valió éxitos numerosos é indiscutidos. Si tales jurados no inspiran confianza, me pregunto, ¿cuáles podrían inspirarla? y creo que la mayoría del público opina del mismo modo.

Sin entrar á discutir los detalles de lo que ha hecho este jurado de admisión—(todo lo humano está expuesto á error y equivocaciones)—es permitido juzgar las intenciones y éstas no pueden ser más excelentes, pues los artistas, más que nadie, deben estar satisfechos de todo lo que representa un paso hacia el progreso y la mejor selección. Cuando el público esté convencido de la seriedad y aún de la severidad del jurado, las obras admitidas y exhibidas tomarán á sus ojos inmensamente más valor por el mayor beneficio de algunos que lloran y patean hoy día, pero que dentro de algunos años, cuando con más estudio y trabajo se presenten con obras definitivas y completas, serán muy felices de no verse confundidos con expositores demasiado jóvenes é inexperimentados ó con aficionados. En cuanto á los que á pesar de sus esfuerzos no puedan surgir, que soporten la ley eterna de la lucha humana y que no tengan la pretensión de retardar ó estorbar el progreso general...

Existe otro punto sobre el cual creo necesario hacer una aseveración, es el del verdadero objeto de los Salones anuales de pintura. Es un error grave creer que estos Salones son destinados á formar una especie de feria en que toda la producción artística está ofrecida á los marchantes; nada de eso: el Salón tiene por único objeto ofrecer al público un estado del adelanto artístico del año con las mejores obras de los mejores artistas y de los jóvenes que estén ya en condiciones de mostrar cosas interesantes. El público tiene el derecho de juzgar las obras exhibidas con este criterio y, por consiguiente, los artistas tienen el

deber de no presentar sino obras que representen el máximo de sus esfuerzos y de sus progresos, obras ejecutadas con toda conciencia y sin preocupaciones de exhibición futura: se trata de hacer buenas obras de arte, nada más. Si después hay ocasión de presentarlas en una exposición bien organizada, mejor, pero, al ejecutar las obras, este punto debe ser secundario. Las obras no deben hacerse para el Salón, es el Salón que está hecho para las obras que merezcan la pena de ser presentadas al público como la mejor muestra del estado artístico del momento. Presentar bocetos, ensayos, obras indecisas y notoriamente incompletas es, en cierto modo, faltar al respeto que se debe al público, y al mismo tiempo trabajar contra sus propios intereses.

Todo lo dicho anteriormente es, lo repito, hablando en general y sin opinar, ni entrar en discusiones sobre el mayor ó menor valor de las obras rechazadas que no he visto, por lo demás; lo que sí encuentro un poco exagerado es que se intentara hacer creer que en eso hay una cuestión de rivalidad de escuelas, como los clásicos y los románticos del año 1830, ó como las resistencias que encontraron los impresionistas hace veinticinco años; esa, sí, que no cuele! Ya hace tiempo que en todas partes han desaparecido estos ostracismos y que todos los jurados se han acostumbrado á juzgar de la bondad ó de la deficiencia de las obras dentro de sus escuelas respectivas. Y si no, que lo diga el pequeño Salón santiaguino de este año, en que son representadas escuelas bien distintas, por cierto... Únicamente á las tentativas demasiado fuertes y brutalmente revolucionarias, se las opone todavía algunas vallas y reparos, en los Salones oficiales de París, sabiendo además, que no encuentran sus autores ninguna dificultad para darlas á conocer al público en muchas galerías especiales... pero, de todos modos, no es seguramente de estas tentativas desconocidas y super nuevas de que se trata ahora...

Entremos al Salón.

Desde luego la primera mirada al conjunto de la sala, da una impresión de seriedad algo triste, digamos la palabra: algo pobre, pero seriedad al fin. Las obras están en general bien colocadas, aunque en ciertos casos se habrían podido concentrar más las obras de un mismo artista: digo eso, por ejemplo por las delicadas telas del señor Valdés que, seguramente,

habrían ganado al estar más reunidas y juntas. Pero hay que decir que la Comisión de colocación tropieza á veces con las dificultades de las dimensiones ó proporciones de las telas mayores, que obligan á algunos sacrificios particulares en provecho del buen aspecto del conjunto.

En mi primer rápido paseo alrededor de la sala para trabar conocimiento con las obras, una tela se impuso á mi atención con una superioridad tan evidente, que comprendí que ella sola bastaría para dar un verdadero interés al Salón de 1911. Y mi satisfacción por esta constatación se duplicó al ver que el autor de esta obra es un joven artista que desde algunos años consideraba, y así lo manifesté varias veces, como una de las más brillantes esperanzas del arte chileno: este pintor es el señor Carlos Alegría



Retrato de la señorita Ana Briceño U.

Agustín Undurraga.



Retrato de la señora Luisa A. de Gacitúa.—Benito Rebolledo C.

que, en el Salón de 1909 había presentado un delicioso retrato de su madre, tela que no vacilé en calificar como la obra de arte más delicada, refinada y distinguida de ese Salón. Poco tiempo después, pudo el señor **Alegría** emprender, por segunda vez, el viaje á Europa y ahora tenemos el resultado de esta segunda temporada de estudio en París y este resultado no puede ser más halagador. Sin perder ninguna de sus innatas cualidades de sensibilidad, de delicadeza y de distinción, don **Carlos Alegría** ha adquirido mucho, casi todo lo que le faltaba todavía: mayor firmeza en el dibujo y en la valorización, más ciencia en la composición, más luz y brillo en el colorido y en la armonía. Su retina parece que se ha limpiado de cierta bruma gris que la empañaba; y ahora en la misma atmósfera sutil y animada, que me gustaba tanto en su retrato anterior, él sabe ver los colores más francos, pero siempre con todos sus más delicados matices. El cuadro "Pensativa" ya no es una esperanza, es una obra, quizás la más completa, la de arte más elevado que haya producido la escuela pictórica chilena en los últimos años. Examinemos esta tela encantadora; en su estudio y escuela, casi no tiene defectos: el único que le encontraría sería quizás un poco de pesadez en la línea y en la ejecución de las piernas, pero en cambio, ¡cuánta elegancia en el movimiento y en la línea general, qué gusto refinado en la composición del fondo y cómo supo el pintor **estilizar** con gracia y ciencia la fuente y las delicadas redes que forma el agua al caer de la pila!

El dibujo y la ejecución están á la altura de la composición y de la armonía general tan bien apoyada por las flores de rododendron: los brazos principalmente tienen una modelación tan firme como delicada. Y, en fin, la obra toda está ejecutada con tanta franqueza y felicidad aparente, que se ve que ella no es debida á una feliz casualidad, sino á un talento, ya en plena posesión de sus medios, y que, por consiguiente, debe seguir produciendo sin tropiezos otras cada vez más definitivas y seguras, en que se destacaran siempre estas raras y preciosas cualidades: la sensibilidad, la distinción, la delicadeza y el estilo.

Parentesco directo con el señor **Alegría**, tiene el joven pintor don **Rafael Valdés**: la misma sensibilidad, el mismo refinamiento en la elección de los temas y en la ejecución; pero todavía no ha adquirido la firmeza y la seguridad del otro artista: esta vez nos presenta un grupo de obritas finas y delicadas, interiores de iglesias, misteriosos y místicos, pero no nos da todavía la obra de aliento que tenemos el derecho de esperar. De este grupo de

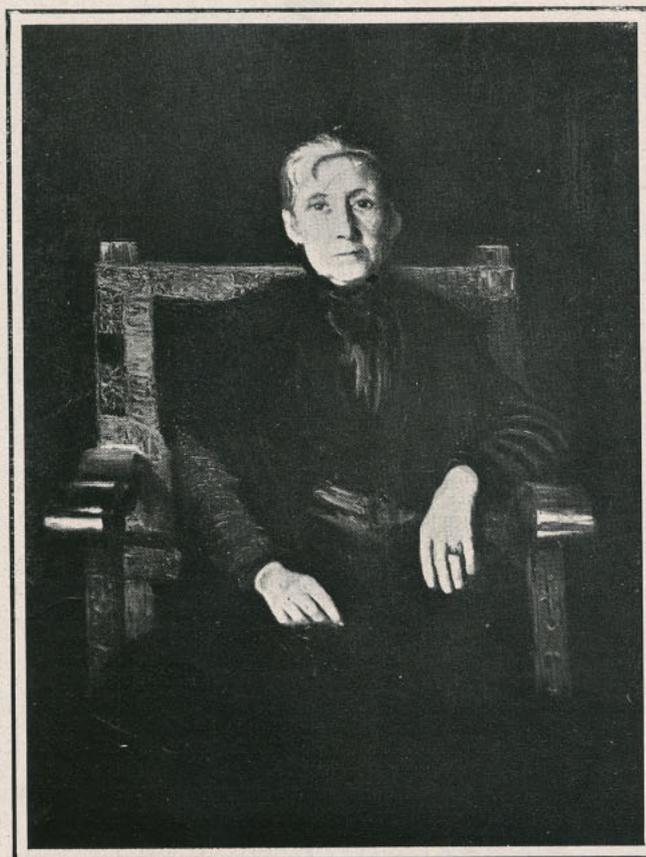
jóvenes artistas que han empezado á descubrir y á manifestar una personalidad propia, en los últimos años, se destaca esta vez, con mucho relieve, don **Pablo Burchard**, que revela en sus dos grandes paisajes un esfuerzo notable y afirma preciosas cualidades que su paisaje "Nocturno", exhibido hace dos años, había señalado ya. El artista ha tomado confianza en sí mismo y sus cuadros con las mismas delicadezas de colorido y de valorización que mostraba el anterior, están contruidos, dibujados y pintados con mucho mayor firmeza y dominio de los recursos del arte: tienen también la gran cualidad de ser muy distintos el uno del otro, aunque en los dos se reconozca la mano y la personalidad del mismo autor. El efecto de sol en la Quinta Normal, que más que un cuadro parece un *panneau* decorativo, revela un verdadero instinto por el arte noble de la pintura decorativa.

No quise separar, en este estudio sobre el Salón, á estos tres artistas, los señores **Alegría**, **Valdés** y **Burchard**, porque los tres tienen en grados diversos, una cualidad rara, preciosa y casi indefinible, la misma que posee el maestro escultor don **Simón González**, de la distinción innata y del buen gusto natural y también cultivado.

Otro cuadro digno de estudio y de atención, por ser una tentativa bastante nueva y representar un esfuerzo serio, es el titulado "Les Humbles", del señor **Fossa Calderón**, obra ejecutada en París como la del señor **Alegría**.

Reconociéndole grandes cualidades dignas de estímulo y que constituyen verdaderas promesas, es indudable, sin embargo, que la obra está lejos de ser completa. La composición, en su cuidado, que puede ser aparente, ganaría mucho si solamente la valorización fuera más calculada y definida: desde luego la figura de Cristo, en la cual se ve que el joven pintor ha estudiado un trozo académico, se encuentra por el hecho mismo, haber sido más trabajada que las otras figuras, fuera de su sitio, y no da de ningún modo la impresión de lo que debió ser en la idea del artista una especie de aparición sobrenatural: el defecto está acusado más todavía por la desproporción del tamaño de Cristo, que no tendría ninguna importancia, si diera esta sensación de inmaterialidad; pero que choca en una figura que, precisamente, tiene mucho mayor solidez y relieve que todas las otras, aunque esté en el último término de la composición. La armonía general del cuadro es tranquila y agradable, pero no se comprende bien en qué lugar y en qué atmósfera se mueve esta gente; en fin, la ejecución es francamente de una brutalidad completamente inútil, y que contribuye no poco á quitar á la obra la impresión de tristeza, de misterio, de recogimiento que exigía el tema de la composición. Con todos estos defectos, es un cuadro interesante, como tentativa para expresar una idea de piedad y de sensibilidad; pero precisamente por eso, la falta completa de sensibilidad en la ejecución está en profundo desacuerdo con el sentimentalismo de la intención y produce en el espectador una impresión penosa y de frialdad. Sin embargo, trozos muy felices, como la madre sentada, con su niño en la falda, la figura misma del Cristo, prescindiendo de su falta de armonía con lo demás del cuadro, permiten abrigar serias esperanzas de que en el porvenir, el joven pintor sabrá darnos obras más estudiadas, más pensadas y ejecutadas con más cuidado y delicadeza.

En otra ocasión tuve oportunidad ya de constatar la escasés



RETRATO

RAFAEL CORREA.

ó la falta de sensibilidad en pintores, que por otra parte tienen talento y grandes condiciones. Esta falta de una cualidad sin la cual una obra puede difícilmente ser simpática y nunca completa viene muchas veces, de que estos pintores no han aprendido á ver, á estudiar la naturaleza, por sus propios ojos, sino á través de ciertas fórmulas ó convencionalismos que ellos crean, quizás, más artísticos! Como si nada pudiera ser más artístico que la sinceridad, la pasión de la naturaleza y de la verdad, con la cual, el artista debe encontrar tarde ó temprano su propia fórmula que es la síntesis de las impresiones que él habrá recibido, de lo que le rodea.

Como hay temperamentos y naturalezas más ó menos semejantes, es natural que cuando un joven se encuentra en presencia de obras que correspondan á sus ideales, él adopte instintivamente la fórmula de éstas; pero en tal caso, si tiene personalidad, él modifica poco á poco esta fórmula hasta crear una nueva que llega á ser propiamente suya. Lo que no puedo concebir es que se adopte una fórmula sólo porque es más ó menos de moda ó porque se la injertan á uno, aunque no corresponda ni al propio temperamento ni al ambiente general, ni al estado de cultura del mismo pintor.

Hace tres años tuve la ocasión de celebrar en un joven pintor preciosas cualidades de sinceridad delante de la Naturaleza, de sentimiento intenso de la luz, del espacio, de la vida, que hacían que el gran cuadro presentado por él, unos niños jugando á todo sol en el mar, ofrecía las más magníficas esperanzas, si el artista que parecía hacer encontrado su camino, trabajaba para adquirir lo que le faltaba; el dibujo, el mayor dominio de sus facultades, y todo lo que sólo da la experiencia. El camino era seguro, brillante, asoleado, como la obra que marcaba su principio. ¿Qué ha pasado? Hoy este pintor, muy trabajador, por cierto, y cuyo talento es indiscutible, se ha dejado seducir por no sé qué malhadadas fórmulas y teorías, y abandonando sistemáticamente su visión clara, luminosa y fresca, llena de sinceridad y de juventud, nos presenta obras en que, sin haber completado su bagaje de conocimientos principales, como son la ciencia del dibujo y de la valorización, parece no querer tener ni el recuerdo siquiera, de las mejores de sus insuperables cualidades primordiales y verdaderamente espontáneas y suyas; se trata de retratos, por eso no insisto... pero este caso me causa la sorpresa que puede provocar una persona que, teniendo la libre disposición de un rico vergel lleno de frutas, quizás algo rústicas pero frescas, sabrosas, jugosas, abundantes y fáciles de cultivar, prefiriera alimentarse con conservas hechas con mixturas químicas, á veces medio descompuestas y por añadidura falsificadas! Ojalá vea él á tiempo la paralogización que ha sufrido y vuelva á su verdadero temperamento, tan claramente manifestado en sus primeras obras, que es el de la sencillez y de la sinceridad artística y también de la luminosidad del cielo chileno! Puede ser que sufra yo una equivocación, pero no lo creo; en todo caso he dado mi opinión, como siempre, franca y sincera. ¿Y por qué no querrán tantos jóvenes, aspirantes á pintores, servirse de los ojos que Dios les ha dado, para ver la luz incomparable de su tierra, en vez de buscar hasta en tricromías de revistas ilustradas, fórmulas ya rancias á fuerza de haber sido tan explotadas por los creadores, primero, y después por sus más directos imitadores?...

El objeto de esta conversación, siendo el de estudiar tendencias y manifestaciones nuevas, poco insistiré sobre las obras de los artistas ya consagrados y tradicionales. Don Pedro Lira presenta dos cuadros en que se refleja como siempre su intachable honradez artística: el retrato de señora, obra seria, estudiada y

distinguida, me gusta más que el paisaje. El señor Valenzuela Llanos nos da tres grandes paisajes con sus cualidades acostumbradas, buena composición, dibujo serio y ejecución sabia: lo único que se puede reprochar á estas telas es, quizás, su tamaño algo exagerado por el interés de los temas y cierta frialdad; pero son obras serias y honradas.

Con gusto tengo que señalar el gran paso adelante, dado por un joven artista cuyos progresos sigo con mucho interés desde algunos años, el señor Agustín Undurraga. El retrato que presenta este año marca un progreso decisivo sobre sus obras anteriores. Es elegante y distinguido, y además la ejecución en ciertas partes es verdaderamente sabrosa y pastosa. Con algunos sacrificios en el vestido y los objetos que rodean la figura de estos sacrificios que sólo la experiencia enseña, esta simpática obra sería completamente feliz.

Algunos de estos sacrificios faltan también en el retrato del joven del señor don Rafael Correa: la ejecución demasiado pareja y demasiado concienzuda—exageración de una buena cualidad,—quita seguramente soltura y gracia á esta bonita silueta: en cambio, el otro retrato del mismo artista es una obra delicadamente sentida y de un estilo severo y distinguido: tengo una profunda estimación por el señor Correa, que considero como uno de los artistas más trabajadores y sinceros: quizás en el retrato está menos á sus anchas que en sus cuadros de campesinos y de paisajes; pero es siempre de una conciencia insuperable, y de una gran severidad para sí mismo: son condiciones superiores.

Antes de terminar quiero señalar, por lo menos, el interés de los estudios mandados de Europa por los jóvenes artistas señores Backaus y Ortiz de Zárate. Los dos revelan dotes serias de pintores delicados y estudiosos; particularmente en las dos telas del señor Ortiz de Zárate: á pesar de la fórmula todavía poco personal, hay una muy recomendable intención de buscar un estilo y una composición razonada y sugestiva. Los dos son jóvenes dignos del serio interés del Gobierno.

Entre las otras telas, me gustaron principalmente los caballos del señor Vergara, tela que encuentro llena de las cualidades más recomendables: lo mismo se puede decir de los pequeños cuadros del señor Caracci, y de las obras presentadas por los señores Sainte-Marie, Helsby, Costa y Bisquert.

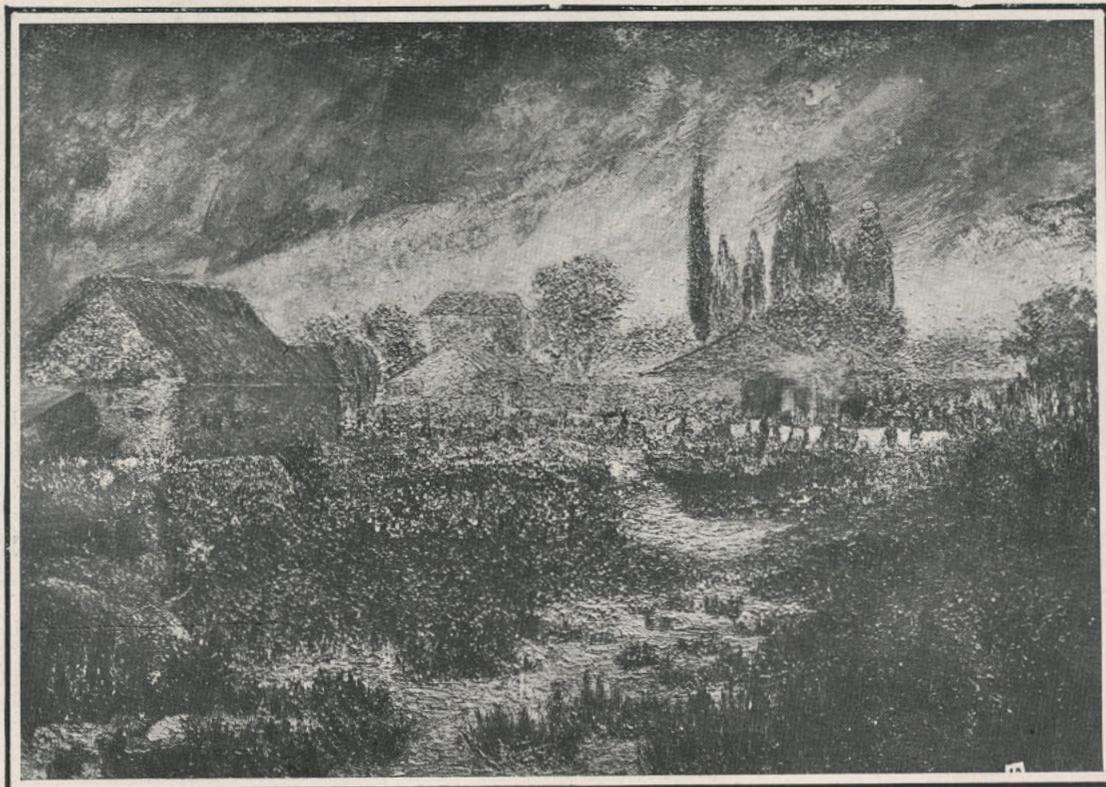
En la pequeña, muy pequeña sección de escultura se destacan luminosamente las obras de don Simón González, particularmente la deliciosa figura de mujer en bajorelieve. Obras interesantes son también, el bronce del señor Córdova, los de los señores Arias y Quinteros, la figura presentada por el señor Frutos y un busto lleno de vida del señor Pereira; en fin, el delicado mármol del señor Ried. Una mención especial merece también, la medalla ejecutada por la señora Saridakis.

Entre las caricaturas hay muchas muy buenas y es difícil hacer una selección entre ellas: por lo demás, casi todas son conocidas por haber sido publicadas en las revistas. Las del señor Figueroa (Chao), me parecen señalar un verdadero progreso en este joven artista, como así mismo las del señor Guerra: yo, por mi parte, encuentro muy interesantes y curiosas y mucho más originales las del señor Caro; hay algunas que son verdaderamente de una fantasía y de un carácter extraordinarios.

Pobre, muy pobre ha sido este año la sección de artes decorativas: la pieza principal y casi única es el tintero ideado por el señor Saridakis y fundido por el señor Negri, de un estilo bastante serio y de buena ejecución...

Y ahora, ¡hasta el año próximo!

RICHON-BRUNET



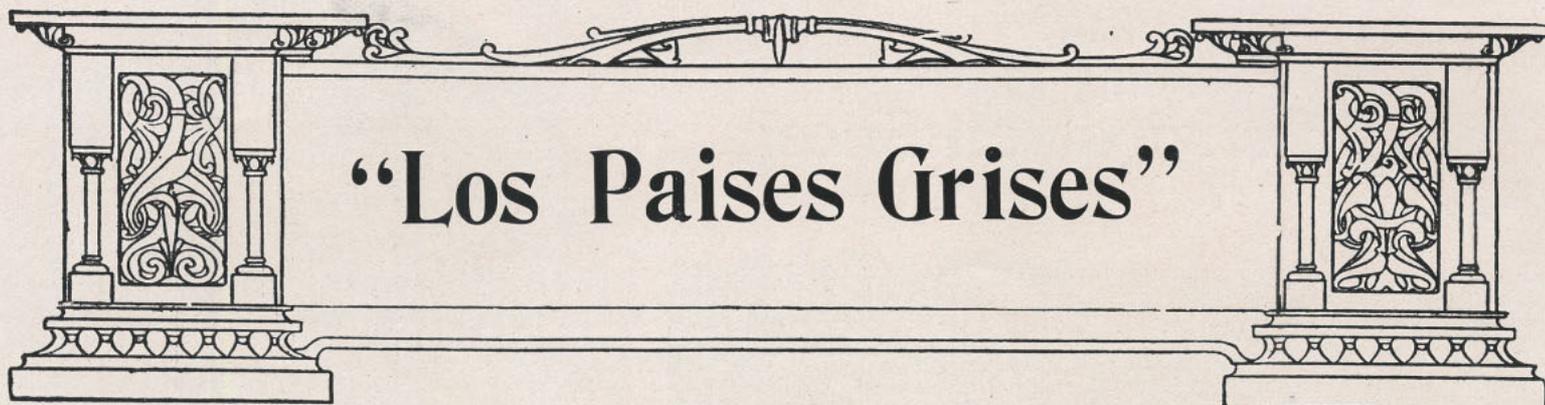
TRAMONTO

P. BISQUERT.



NATIVIDAD

W. L. TAYLON



# “Los Países Grises”

(DE ESTE LIBRO PRÓXIMO A APARCER)

## NUEVO RAPSODA...

Nuevo rapsoda errante, moderno peregrino  
Voy al ignoto imperio de la vaga Tulé  
Aligerando el abatimiento del camino  
Con mi zurrón de sueños y mi bordón de fe.

Y en nuevos horizontes, bajo el sol diamantino  
O en bruma de seda, mi curiosidad ve  
Surgir un canal glauco, un aspado molino  
O una ciudad vetusta de negra torre al pie.

Y de encanto en encanto, de sorpresa en sorpresa,  
Dibujo algún paraje, pradera ó selva espesa,  
Cojo una piedra rara, corto una bella flor.

Y en los pueblos extraños, cuando desmaya el día,  
Paseo por las calles mi latina ufanía,  
Así un aventurero ó así un conquistador.

## BRUSELAS

A pesar del moderno lujo que te disfraza  
¡Oh, soberbia ciudad de la gala y la gula!  
Conservas los ejemplos del triunfo de tu raza:  
Tu nuevo león rampante á San Miguel no anula.

Como en tu edad heroica, hiergue Santa Gudula  
Su floresta de piedra, sobre escueta terraza,  
Y entre tus bulevares en que la plebe ondula,  
Diamante en oro falso, rutila tu Gran Plaza.

Allí tu Hotel de Villa despliega sus florones,  
Las arfebradas casas de tus Corporaciones  
Tienden hacia el azur su piñón, como en ala...

Y el viajero, ante tantas maravillas enhiestas,  
Sueña en tu vieja vida de cortejos, de fiestas,  
¡Oh, soberbia ciudad de la gula y la gala!

## AMBERES

Al son armonioso de su cien esquilonos,  
Que le ciñen como una inmaterial guirnalda  
Amberes, sonriente, contempla en el Escalda  
Su corona historiada de vetustos piñones.

Los años no han podido abatir sus pendones.  
Como en su era de gloria, como en su Siglo Gualda,  
Vibra su plaza Verde, esa vieja esmeralda,  
Llena de caballeros, de damas, de bufones.

Su magna catedral melodiosa, alígera,  
Que se lanza á los cielos tras su torre flamígera,  
Parece arrebatarla en un delirio inmenso.

Y de su puerto férvido, sobre su río manso,  
Las cien naves que entran y salen sin descanso,  
Le envían su fecundo humo, como un incienso.

## AMSTERDAM

¡La Venecia del Norte! Tal título se arroga  
Tu orgullo. Pero tú eres otra cosa, Amsterdam.  
Tu golfo misterioso, que tus calles azoga,  
Desde tu extraña plaza, tu legendario Dam.

Hasta el barrio judío, tras el canal de Ram,  
Refleja al par el gótico templo y la sinagoga.  
Y en sus pesadas barcas al mismo tiempo boga  
El hijo de Guisbert y el nieto de Abraham.

Semtrientral y hebrea, tú eres compleja, única.  
Sobre tu lecho de agua fangosa y en tu túnica  
De ladrillo negruzco y frondoso verdor.

Yo te veo como una Virgen bárbara y rara,  
Cuya corte de ángeles de sonriente cara  
Son tus dulces mujeres de colores de flor.

## BRUJAS

Al eco de las graves plegarias acenstrales,  
Que alzan las torres bajo las cuales te arrebujas,  
Desde hace cuatrocientos años, duermes, ¡oh, Brujas!  
Absorta en el ensueño de tus días triunfales.

Duermes en un silencio de noches invernales  
Pobladas de fantasmas, de vemures, de brujas,  
Bajo una negra sábana de agua sin burbujas,  
En el ataúd pétreo de tus viejos canales.

Tu canal Verde, verde de sauces y reflejos  
De ventanas pintadas en piñones bermejos,  
Que raya la llovizna con su perenne llanto.

Tu canal del Rosario de ensenadas caóticas  
Florido por las gablas de sus mansiones góticas...  
Tus canales de enigma, tus canales de encanto.

## LONDRES

Ciudad monstruosa: para cantarla no hay vocablo.  
Mientras en rededor de su antigua Abadía  
Historiada y preciosa cual gótico retablo,  
La vida noble ó rica luce su fantasía.

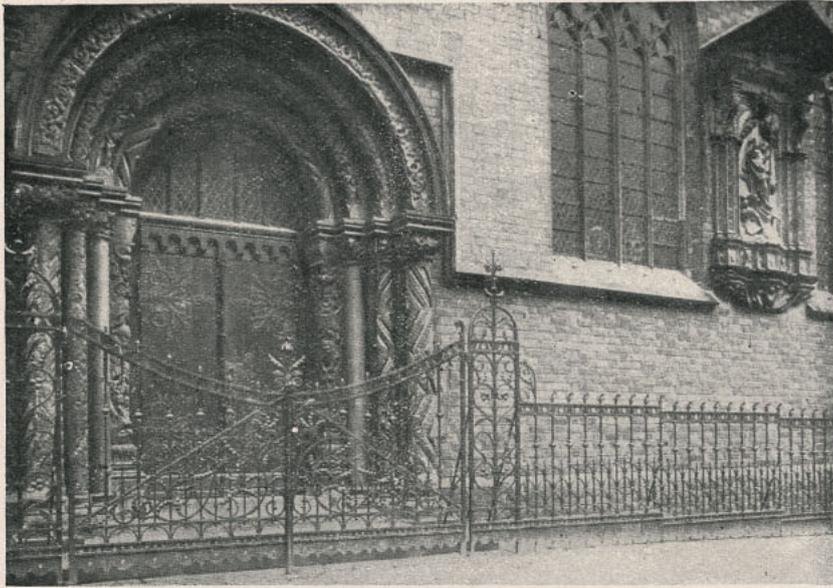
Junto á la formidable cúpula de San Pablo,  
En el intrincamiento de la Cité sombría,  
El sajón y el judío, el lord y el pobre diablo  
Se mezclan y se agitan con taimada energía.

Y ante el fantasma pétreo de su trágica Torre,  
Sobre su río plúmbeo, que majestuoso corre,  
Avanzan y pululan en inaudita flota,

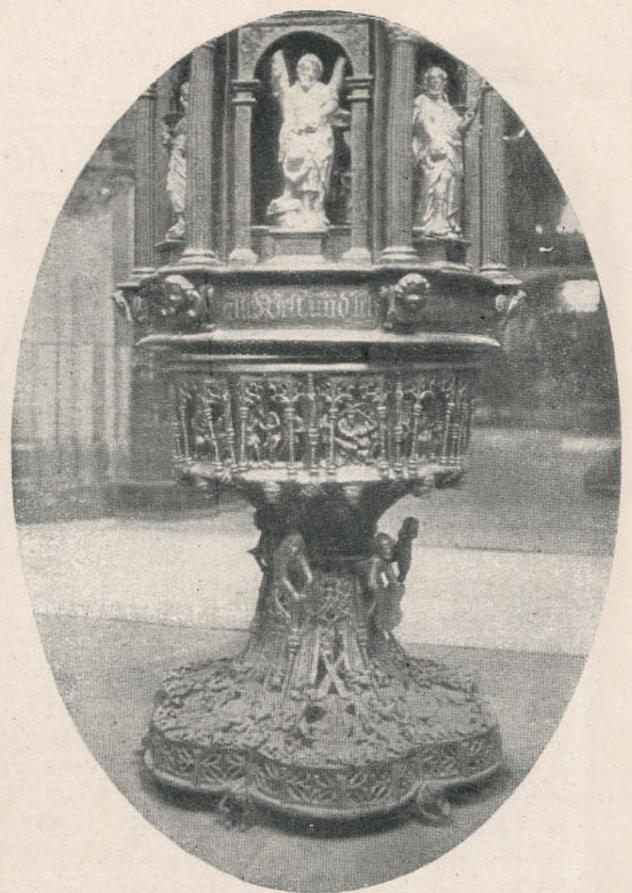
Los barcos y pendones del universo entero...  
Ciudad-monstruo, Ciudad-foco, Ciudad-venero:  
Para cantarla no hay ni vocablo ni nota.

FRANCISCO CONTRERAS.

# Arte Religioso en Silesia



Portal del costado sur en Santa Magdalena, Breslau.



Pila de bautismo en Santa Elisabeth, Breslau.



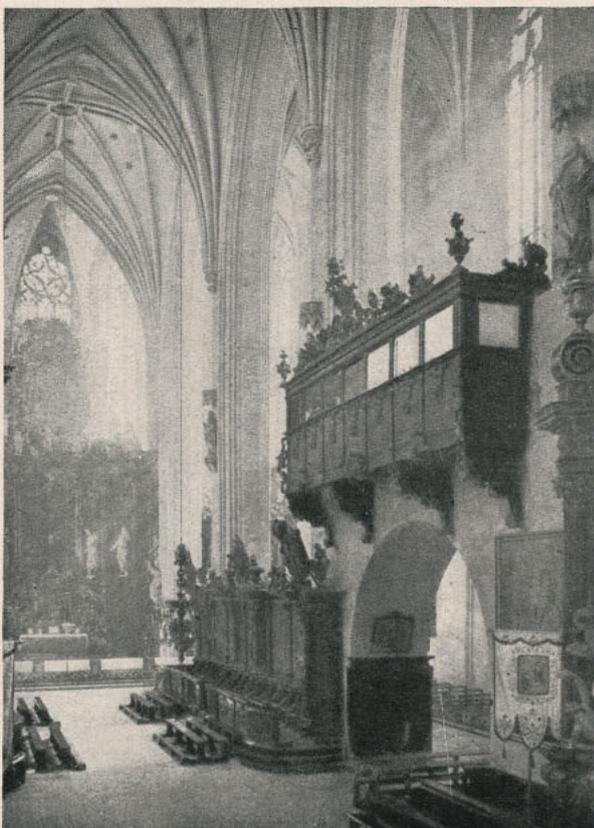
**S**ILESIA, provincia prusiana perdida en un rincón al Este de Alemania, y por consiguiente, distante de las grandes vías de tráfico mundial, posee riquezas que aún muchos alemanes ignoran. Fuera de paisajes pintorescos, que merecieran ser trasladados á la tela por algún pincel maestro, es Silesia la cuna de muchas industrias de importancia, entre las cuales ocupa un lugar preferente el cultivo del lino y su aprovechamiento fabril, y la manufactura de encajes, tan finos y vaporosos como obra de hadas; saliendo, sin embargo, la mayor parte de tales maravillas de las toscas manos de campesinas, quienes se dedican á esta entretención en los ratos que les deja libres la ruda labor del campo y de la casa.

Desde la ocupación germánica, que data del siglo XII,

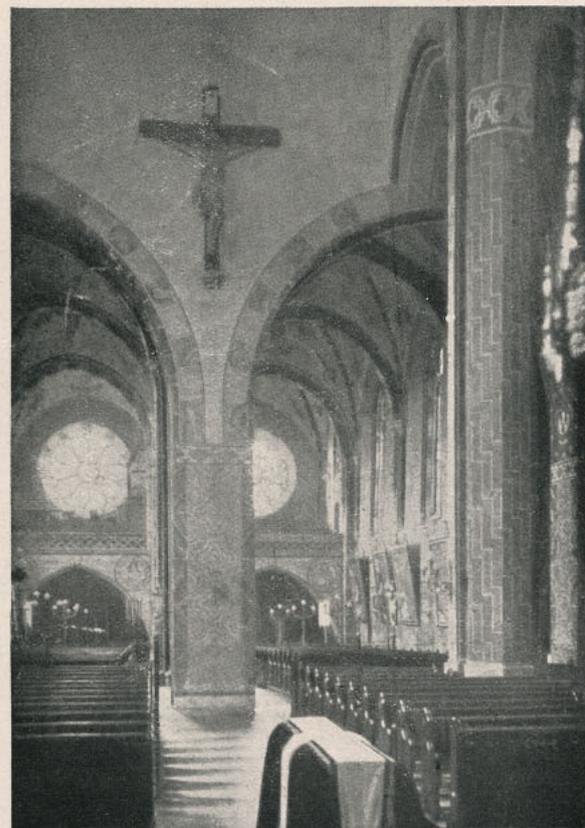
llegó á ser Silesia centro de arte é industria en tan alto grado, que los monumentos soberbios de aquellos tiempos nos llenan de respeto y admiración por los artistas y obreros de los siglos pasados. Prueba de ello son las presentes ilustraciones, tomadas en algunos edificios religiosos de importancia de aquella comarca.

Uno de los monumentos más antiguos de la época romana, es el portal de la ya demolida iglesia romana del Elbing, en Breslau, capital de Silesia; portal que ha sido transportado é involucrado en el costado sur de la Iglesia de Santa Magdalena. Representa este portal una verdadera reliquia entre todos los artísticos adornos de aquella iglesia. Es de una perfección y elegancia de formas que bien puede ser considerada como una de las mejores producciones del arte romano en Alemania.

Forman el portal ocho columnas, dos de ellas sin dibujo



Interior de Santa María en la arena, Breslau

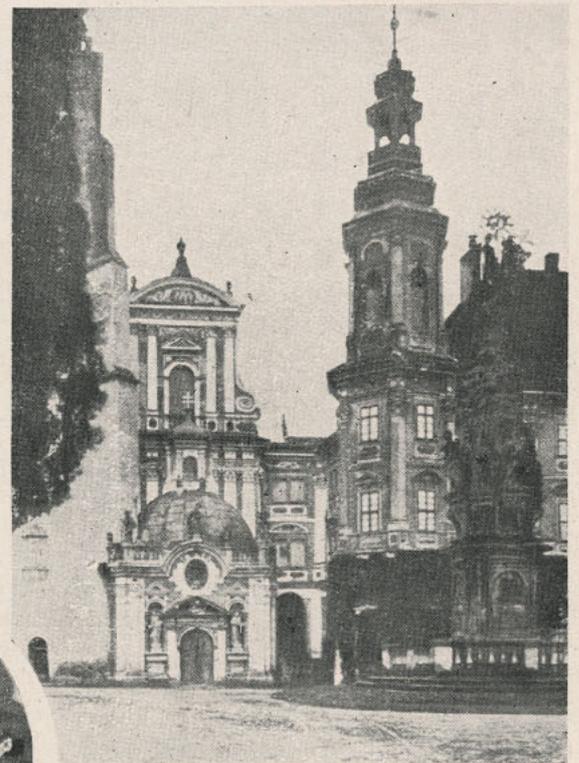


Interior de la catedral de San Jorge en Münsterberg, (Siglo XIII)



Marcos tallados en Heinrichau, antiguo convento cisterciense. (Siglo XVII).

acertada disposición de sus naves y capillas. Prueba de esto es la Iglesia Santa María en la Arena, en Breslau, y la Catedral de San Jorge, en Münsterberg. La nave central está dividida en dos por medio de dos columnas cuadradas y una octógona. El colorido vivo y alegre de las decoraciones produce un efecto muy agradable en el visitante; llama mucho la atención la serie de catóce cuadros que representan la



Lado oeste de la iglesia de Heinrichau (distrito de Münsterberg).

alguno, mientras que las otras seis, igual á los cuatro arcos, están cargadas de esculturas variadas. Cintas y ramas entrelazadas, máscaras, cabezas, figuras humanas, santos y ángeles forman un conjunto curioso y artístico. Los capiteles ostentan ramajes entrelazados de animales grotescos. A poca distancia de esta iglesia se encuentra Santa Elisabeth, célebre por su inmensa y maciza torre. Esta iglesia contiene una pila bautismal de bronce, de estilo gótico. Tiene la forma de un cáliz y su pie lo sostienen seis enanos. Los seis ochavos que forman el pie, están adornados con otros tantos ángeles que llevan en sus manos cintas con versículos sagrados y con ramajes entrelazados. El cáliz está dividido en doce ochavos, que representan escenas de la vida de Jesucristo.

La parte superior de la pila está coronada por un templete de madera, que data de época más reciente.

Las iglesias góticas de Silesia no comparten la fama mundial de tantos otros edificios análogos de Alemania, debido por una parte á la situación del país, y por otra, á su exterior, á veces más que sencillo, que no corresponde en manera alguna con el interior artístico é imponente y la



Custodia de plata y crucifijo de marfil, perteneciente á la iglesia de Heinrichau

*Via Crucis.* Esta obra es regalo del Kaiser y fué ejecutada por el profesor Kämpffer, de Breslau, quien percibió

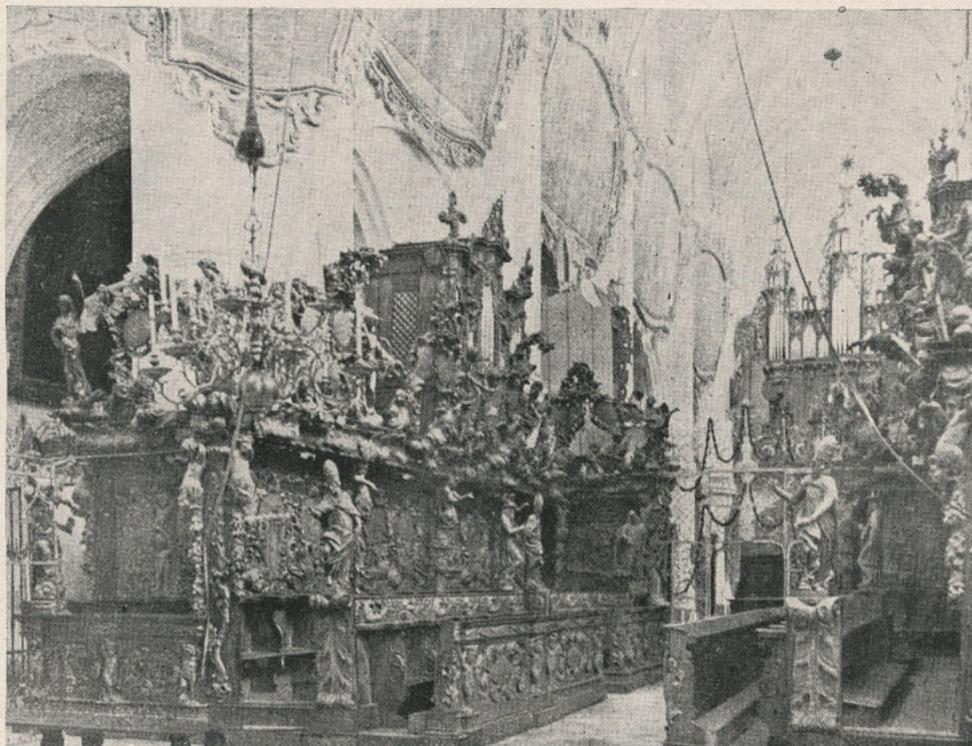
por ella la suma de veintiocho mil marcos.

A una hora del camino de Münsterberg está situado el antiguo convento cisterciense Heinrichau, orden que hoy ya no existe.

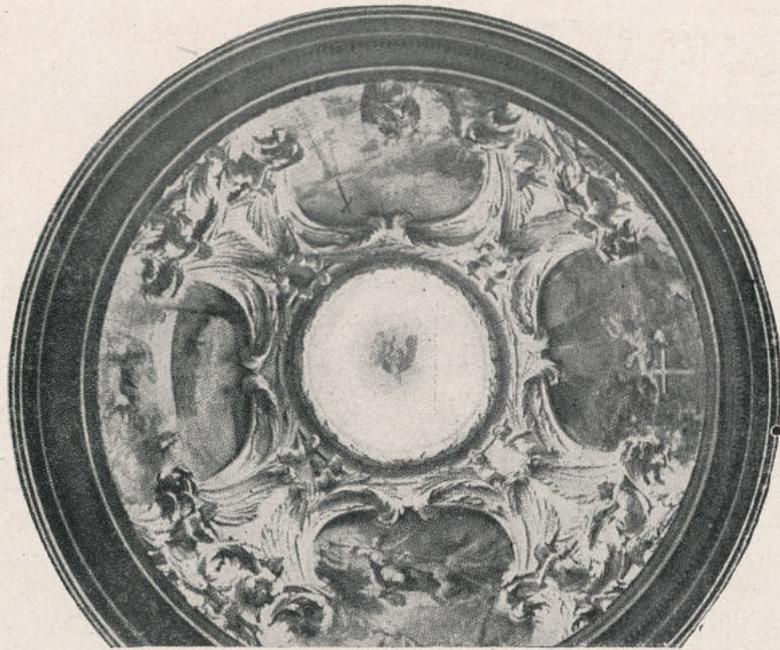
El interior de la Iglesia es también muy bien dispuesto, y contiene ésta objetos de mucho valor. Sobre todo el coro fué adornado con especial dedicación y magnificencia por el abate Enrique III. (1681 á 1702).

Los respaldos de los sillones están recargados de acantos, girasoles, tulipas y guirnaldas talladas en madera, encuadrando á treinta y seis bajorelieves que representan la vida del Salvador. Angeles preciosos dividen cada uno de los detalles de los respaldos. La coronación del coro es particularmente hermosa. Angeles con instrumentos musicales, águilas y escudos con inscripciones forman un conjunto original y gracioso. Las estatuas de los padres de la Iglesia, Santos Gerónimo, Agustín y Gregorio, y, como representantes de la vida ascética, San Benedicto y San Bernardo, adornan la parte superior de los reclinatorios.

Merecen ser nombrados aquí los marcos tallados en madera que encierran los grandes cuadros de Willmann, el Rafael



Coro de la iglesia de Heinrichau



Plafond en una de las capillas de Leubus

de Silesia (siglo XVII). Existen muchas obras de este artista en Heirichau. Estos marcos tienen más de medio metro de ancho y están cubiertos de follaje y ángeles en gracioso conjunto.

El tesoro de la Iglesia es de los más ricos. El tabernáculo de plata, recargado de oro y piedras preciosas, muchos otros

objetos de plata y la custodia, obra maestra de los joyeros silesianos. Tiene más de un metro de alto y 60 centímetros de ancho y representa á Jesse, el cual sostiene el árbol genealógico de Cristo.

Entre las ramas del árbol (la vid) están diseminados los bajorelieves de los antecesores de Jesucristo. Muchas piedras preciosas adornan la custodia.

Existe también un crucifijo en marfil, obra de un discípulo desconocido de Benvenuto Cellini, que por el noble porte del cuerpo y su perfecta construcción anatómica, produce honda admiración.

El más antiguo convento cisterciense de Silesia, Leubus, en el distrito de Wohlau, es otro museo de preciosidades. Ahí está enterrado Willmann y gran número de príncipes mundanos y de la Iglesia.

Como la Iglesia de Heinrichau, la de Leubus también posee muchos cuadros de Willmann, muchos marcos tallados y valiosos trabajos en metal y piedras. El coro es más sencillo que el anterior, pero adornado con el gusto artístico más exquisito. Una triple hilera de ángeles con instrumentos de música corona el respaldo. La reja que separa el coro de la nave, es una obra maestra del año 1702. Las capillas laterales llevan en los cielos preciosos estucos y frescos de colores vivos y alegres.

Y, para terminar, la Iglesia del castillo de Deutsch-Wartenberg, de estilo Renacimiento, verdadero joyel de arquitectura, pinturas, tallados, ornamentos, etc.



Coro del Antiguo convento cisterciense Leubus, distrito de Wohlau.—Siglo XVII.

# UN SER NO COMPRENDIDO

EBNER ESCHENBACH

(Continuación)

No lejos de los empleados de las finanzas, se hallaban sentados un pequeño grupo de hombres bastantes bulliciosos; el jefe de la oficina, cambió un saludo amistoso con uno de ellos, y después inclinándose al lado de Andrés, le dijo en voz baja:

—Mirad para allá, ese es Salmeyer, autor del artículo, que tanto nos divirtió esta mañana!

Un sudor frío inundó la espalda de Andrés; miró á su jefe de una manera tan extraña, que éste no pudo menos de decirle:

—Por Dios, señor Muth, ¿qué tenéis?

Andrés no tuvo tiempo de contestar, el secretario de las finanzas acababa de pararse con un vaso de champaña en la mano y mirando á su alrededor con aire solemne, principió:

—Mis queridos colegas...

Andrés, sabía lo que esto significaba. Hubiera querido enterrarse bajo tierra; aplastado por este honor y por la vergüenza, que era su lote; los dos muy grandes para él, hombre modesto y desconocido, muy fuera de merecerlo por sus pocos méritos y por su falta!

El consejero de finanzas, pronunció un largo discurso en el cual elogiaba las cualidades de su querido colega, como hombre, como empleado del Estado y como compañero; terminó estas frases elogiosas, invitando á todos los asistentes á beber esa copa en honor del empleado fiel y abnegado.

—¡Hip, hip! hurra! Hip, hip, hurra!, gritaron todos entusiasmados y con una alegría ruidosa y sincera.

—Es necesario contestar, murmuró el jefe al oído de Andrés.

Este se paró, pero no pudo articular sino unas cuantas palabras incoherentes, como:

—Es mucho honor, señores... Excusadme... Gracias... gracias á todos vosotros... Bebo á vuestra salud...!

Nadie entendió lo que acababa de pronunciar con tanta dificultad, pero estalló una hilaridad general, cuando lo vieron sentarse y enjugarse la frente con su pañuelo.

Ya el grupo de convidados de la mesa vecina se preparaba á retirarse, pero ninguno de los que asistían al banquete dado en honor de Andrés, pensaban en seguir su ejemplo.

Salmeyer se alejaba con sus amigos. "Alabado sea Dios, pensaba Andrés, el aire será menos pesado cuando él se haya ido." Ya estaba cerca de la puerta cuando el jefe de la oficina lo llamó. Él volvió, se dieron un apretón de manos y el jefe presentó á su amigo, el literato, el gran crítico; se le invitó á sentarse y á tomar un vaso de champaña en honor de Andrés.

Las frases elogiosas pronunciadas en su honor, parecían divertir al crítico; las escuchó como un superfluo homenaje, que se acepta, porque no se puede rehusar.

—Y vuestro folletín de esta mañana! exclamó el jefe, qué obra maestra! No hay nada más difícil que escribir una crítica espiritual y entretenida, sobre una pieza pesada!

—Sí, respondió Salmeyer, la crítica es excelente! Y si estuviera en situación de apreciar el doble sentido... no se le puede comprender, ni saborear, sino sabiendo quién es el que se oculta bajo el seudónimo de Carlos Stein.

Andrés se estremeció.

—¿Quién es? ¿No podéis decírnoslo? preguntó el jefe.

—Sí, si es el marido de la célebre beldad, Matilde de Auwald, el conde Gerónimo de Auwald.

—¿Quién? exclamó Andrés fuera de sí; mientras se mezclaban otras voces gritando: ¿El conde de Auwald? ¿El gran poeta? ¿El orador elocuente? ¿El hombre más liberal del Parlamento?

—Ciertamente, replicó Salmeyer, sonriendo finamente; la voz del pueblo le concede todas estas cualidades, no tratemos de conocer lo que hay de verdad en todo esto. Su ardor liberal y su ardor poético, se parecen al ciego y al paralítico de la fábula; el uno no puede pasarse sin el otro. No se presta á la crítica en sus poesías desbordantes de liberalismo, pero en lo que concierne á su drama...

—¿De donde deducís, señor, que él sea el autor del drama? interrumpió Andrés con voz indecisa.

—Por el seudónimo del cartel. Es el mismo con el cual firmó su primer poema, olvidado desde hace tanto tiempo!

—¿El mismo? aticuló Andrés con trabajo, mientras que el periodista continuaba:

—Con ese drama sin tesis, con el anónimo tras del cual se oculta, provoca la crítica, que no tiene por qué callar. Las obras del noble jacobino, no son verdaderamente tan demasiado buenas, para que sea imposible atacarlas. Su Excelencia, se habrá extrañado, por los ataques que le hemos dado: he atacado tanto al poeta, como al hombre de Estado; le he probado, apoyándome sobre los argumentos de su misma pieza, que sus grandes capacidades, no son menos dudosas, que sus principios filantrópicos!

—¿Vos le habéis probado esto con argumentos sacados de su pieza? preguntó Andrés con aire desesperado, que sorprendió á todos los asistentes.

Salmeyer, balanceándose en su silla, respondió con aire de suficiencia:

—Sí, de una manera irrefutable.

—Si habéis hecho eso, dijo Andrés, con los labios crispados, habéis cometido un error, pues seguramente que no son, ni la capacidad, ni los principios del conde de Auwald los que vos ponéis en duda, pero sí, los míos.

—¿Los vuestros? ¿qué queréis decir? Explicaos os lo ruego, exclamó Salmeyer con cierto modo burlón.

Andrés no se dignó contestarle. Volviéndose á sus colegas que lo habían escuchado llenos de asombro, les dijo con un tono seguro:

—El drama "Marco Aurelio", es mío.

—¿Vuestro? ¿Realmente? Ud. nos cuenta una fábula, gritaban á su alrededor.

—¡Qué mistificación á la prensa!

—No he querido mistificar á la prensa, protestó Andrés. He presentado este drama, como anteriormente otros, añadiendo enrojeciéndose, bajo el seudónimo de Carlos Stein, y esto, porque ignoraba que el conde de Auwald, se hubiese servido alguna vez del mismo nombre.

El consejero de las finanzas no había cesado de fijar sus ojos sobre Andrés, mientras hacía esta honrosa declaración. Su mano expresó un movimiento de aprobación y se apresuró á decir con tono solemne:

—Señor Muth, no podéis hacer otra cosa que declararos públicamente, el autor de "Marco Aurelio".

—Estoy dispuesto á hacerlo! respondió Andrés.

—Yo me encargo de eso, deíadme á mí hacerlo! exclamó Salmeyer. No sabiendo aún si debía dar á esta revelación inesperada, un sentido cómico ó trágico, acababa de deci-

dirse por lo primero, estallando en una carcajada de risa. Se excusó inmediatamente, no sin amabilidad, con el poeta de nuevo cuño, y la conversación siguió luego su curso ordinario, esforzándose todos en disipar la tristeza que se pintaba en el rostro de Andrés.

—Tened valor, señor Muth (1), dijo embromando el jefe de la oficina, haced honor á vuestro nombre.

—Todos hemos cometido alguna tontería en la vida, añadió M. Moring, su vecino; el tono de estas palabras era tan amistoso, que Andrés no pudo dejar de apretar la mano que Moring le tendía, con su prolongada sonrisa.

#### IV

Al día siguiente "El Monitor del Estado", publicó el artículo que sigue:

"Acabamos de recibir la confirmación de lo que habíamos dado á entender en nuestro número de ayer, es decir, que el autor del drama titulado "Marco Aurelio" es el señor Andrés Muth, uno de los más distinguidos empleados del Ministerio de Finanzas. La tesis moral de la pieza, parece llamada á mantener largo tiempo el interés del público, á pesar de cierta falta de movimiento dramático, resultado de la inexperiencia escénica del autor.

"El miembro liberal de la Cámara, que la mayor parte de los diarios de ayer suponían ser el autor, está disculpado por consiguiente de la acusación, de haber querido dar una nueva prueba de esa versatilidad incontestable que ha manifestado tantas veces, no sólo en el terreno de la política, sino también en la literatura!"

—Qué farsante es este Salmeyer, dijo el consejero de finanzas; ayer pretendía reconocer en un miembro del Parlamento, al autor de esta pieza, hoy lo niega y habla de suposiciones erróneas de sus colegas!

—Es el honor del periodista el que lo obliga á hablar así, respondió el jefe de la oficina.

—¿Cómo es eso? preguntó el consejero, dando una mirada severa al jefe, que lo hizo bajar la vista.

—Yo, siento, que Salmeyer haya aprovechado esta ocasión para lanzar un nuevo ataque contra el conde de Auwald, se apresuró á decir Andrés.

—¡Bah! Apuesto á que está blindado contra semejantes ataques, replicó el consejero, que evidentemente estaba ese día con humor de contradecir. ¿Qué le importan semejantes ataques á un hombre como él? Además, ¿por qué os interesa el conde?

—¿Por qué?

Andrés se turbó.

—Sí, ¿por qué? continuó el consejero sin fijarse en la turbación del pobre autor. Y si vos lo conocéis, debéis saber si es bastante gran señor, para burlarse de semejantes críticas, ó un mediocre poeta, para tomarlas en cuenta.

Su mirada escudriñadora se fijó en el desgraciado empleado, que se mantenía delante de él, como un culpable humilde y arreentido, que balbuceaba:

—No conozco al conde de Auwald, no tengo relaciones con él.

—En ese caso el interés que le manifestáis es bien extraño; volved á vuestro trabajo.

Algunos colegas de Andrés, fueron á la segunda representación de "Marco Aurelio".

Saborearon la pieza que, según ellos, era muy buena y elogiaron los versos y la forma dramática. Otros, los de más años, sacudieron la cabeza; ellos le encontraron una tendencia demasiado radical, á pesar de todo lo que se había dicho en contrario.

Durante toda la semana, los colegas de Andrés se diver-

tieron en pronunciar á cada momento el nombre del conde de Auwald, porque se habían fijado que ésto hacía enrojecer á su compañero. Pero cuando ya esta broma no produjo el efecto deseado, renunciaron á ella y la vida recobró en la oficina el curso ordinario.

Un gran cambio se había operado en el carácter de Andrés, después de la representación de su drama. No encontraba ya, entrando á su pieza, la paz y la felicidad de antes.

La recorría de un lado á otro lleno de inquietud. No encontraba ya placer en trabajar, pues había perdido la fe en su talento. Respecto á la aceptación de su pieza, no se hacía ninguna ilusión: había sido admitida y puesta en escena, debido á una mala inteligencia. No era sino la sombra de lo que él se había propuesto hacer. Recorrió el borrador y constató que le hacía falta la vida y el colorido.

—Es la facultad de poder, lo que hace al artista y no el querer, se dijo; y mi capacidad de poder se ha mostrado muy inferior á mi voluntad!!

Su corazón desbordaba de sentimientos; sus ojos estaban abiertos á todo lo que era grande y bello; su espíritu se había ennoblecido con el comercio de los escritores ilustres de la antigüedad; ellos habían formado su gusto y su estilo; pero él no tenía talento para imitarlos y expresar con la misma intensidad y el mismo sabor, lo que él sentía.

La pieza había sido representada tres veces, y en seguida había desaparecido de los avisos. Andrés recobró el valor y se consolaba, diciéndose:

—Ahora, todo está concluido!

Era ahora más puntual que nunca en sus obligaciones. El primero en llegar y el último en salir, lleno de atenciones para con sus colegas. Creía que tenía algo que reparar, seguro de que había hecho lo que un empleado no debe hacer; desempeñaba su empleo con más celo; y no comía sin merecerlo, el pan que el Estado le concedía tan parcimoniosamente.

—Trabajáis mucho, váis á enfermaros, le decía con bondad el consejero.

—Es un placer para mí, señor consejero, respondía Andrés.

—Pero tenéis mal semblante, repuso el consejero, haréis bien en daros un poco de descanso vendiendo al campo. La dirección del teatro ha pagado aquí, vuestros derechos de entrada, por vuestro drama. Ignoraban vuestra dirección.

—Tened la suma que asciende á trescientos florines. ¿Queréis tener la bondad de firmar este recibo?

Andrés no quería creer lo que oía.

Trescientos florines; un verdadero tesoro que le caía del cielo! Jamás había esperado tamaña suerte.

—¿Trescientos florines?

—¿Qué es lo que os sorprende? preguntó riéndose el consejero, parece que no hubieráis pensado jamás en alcanzar á tener vuestros derechos de autor.

—Debo confesaros francamente que nó, respondió Andrés, con tono modesto.

Al retirarse del escritorio, en donde había entrado en la mañana pobre como Job, Andrés sintió una satisfacción extraña al ver su bolsillo lleno, de lo que él consideraba, una pequeña fortuna.

—Ir al campo? ¿Por qué nó? se decía. Llevaría á su ahijado, el pequeño Ziegler, á quien el buen aire le haría tanto bien, como á él mismo. El niño estaba débil y delicado, pero se repondría allá arriba en las montañas, donde irían á pasar las fiestas de Pascua; en esas hermosas montañas, cuyas lindas descripciones había leído, pero que nunca había visto!

Además, habían tantas cosas que renovar en la casa de su amigo y también en la suya propia! ¿Acaso su viejo sofá no necesitaba lápiz? ¿En café ó en verde? El color café es más resistente y le sienta mejor al venerable dispensador del reposo, pero el verde es más claro, más alegre: vava! veremos.

Lo que Andrés haría en todo caso, sería renovar su bi-

(1) La palabra Muth es sinónimo de mut que significa: valor.

biblioteca: sobre todo compraría otro "Horacio", pues el suyo estaba viejo y usado, el papel estaba tan ennegrecido y la impresión tan borrada, que casi no podía leerlo ni á toda luz. Pero un pensamiento más egoísta, se deslizó suavemente en medio de sus prácticos deseos. Su paltó de invierno estaba tan roído, las costuras tan gastadas que blanqueaban, surcando el fondo negro, como chorritos de plata! Le era absolutamente necesario un paltó nuevo. Enrojeció pensando que llevaba puesto éste la última vez que había encontrado á la condesa! No le importaba aparecer ante ella, como un hombre pobre, pero nó como un desgraciado, sin recursos, ni como un verdadero mendigo!.

La perspectiva del pequeño bienestar con que podría rodearse, era ya un regocijo para Andrés. Veía llegar el momento en que conocería la comodidad y ese precioso bienestar de que había carecido toda su vida. La comodidad! qué palabra tan encantadora, rica en alegría! Ella hace al hombre independiente, más que independiente; pues tener comodidades, no es solamente tener lo necesario para sí, sino también para darle á otros!

Durante muchos días, Andrés gozaba con la idea de las modestas adquisiciones que iba á hacer, estudiaba la utilidad y las escogía con discernimiento; el deseo de realizarlas era cada día más imperioso.

Después de haber esperado un día, lleno de impaciencia, la hora que se cerrara la oficina, se alejó feliz como un colegial, diciendo al pasar, al portero, estas misteriosas palabras:

"Tengo algunas compras que hacer, estoy muy apurado".

Acababa de entrar en algunos almacenes, sin comprar nada para no cometer una imprudencia y en el momento en que se acercaba á su habitación tarareando alegremente una melodía conocida, se encontró cara á cara con un joven que le dió un fuerte codazo, pero que inmediatamente después se paró y quitándose la gorra, le pidió perdón por su torpeza.

Andrés levantó la cabeza y reconoció á Otto Klein, un estudiante, que ocupaba una pieza en casa de su amigo Ziegler.

—¿Sois vos, querido Otto? le dijo Andrés. Dios os bendiga. ¿Cómo están todos en la casa? ¿Cómo sigue mi ahijado? Muchas veces he tenido la intención de ir á ver al señor profesor; decidle que no dejaré de hacerlo hoy mismo.

—Id, señor Muth, respondió el estudiante, le hará mucho bien al pobre hombre. No podréis ayudarlo, pero id de todos modos!

—¿No podréis ayudarlo? ¿Qué queréis decir?

—Se le ha muerto el pequeño Andrés.

—¡Muerto! exclamó Andrés consternado. ¡Andrés se ha muerto y nada he sabido! ¿No me han llamado para verlo?

—El señor Ziegler, está como loco, ha perdido la cabeza. Vos conocéis lo poco comunicativo que es; solamente hoy le ha confesado á su mujer, que había firmado un pagaré, por un atolondrado hermano de ella, y están ahora amenazados de ser embargados; el cadáver del niño está aún sin ser sepultado.

—¡Y nada me han dicho! ¡Me han dejado ignorar todo! exclamó dolorosamente Andrés.

—¿Y para qué, querido señor Muth? ¿Para que fueráis á llorar con él? No quiere ver á nadie.

—¿A cuánto asciende la suma necesaria? preguntó Andrés llevando su mano al bolsillo.

—A una suma elevada, á trescientos florines, lo menos.

—¿Trescientos florines? Un profundo suspiro se escapó del pecho del poeta. ¿Y para cuando los necesitan?

—Para mañana á más tardar. ¡Me véis en camino para el Monte de Piedad!

Y levantando su abrigo le mostró un paquete que escondía debajo.

Ni aún empeñando mi más nuevo par de botas, no alcanzará á juntar ni una mínima parte, de la suma, que necesitamos.

Quiso separarse y Andrés lo retuvo y le dijo:

—Sois un muchacho muy noble Otto, guardad vuestras botas, el socorro está más cerca de lo que vos os lo imagináis. ¡Adiós!

Ha concluido el placer de callejear delante de los almacenes, de escoger objetos útiles y necesarios. Andrés se apresuró á llegar á su habitación; abrir su escritorio y sacar los tres billetes de cien florines. Los puso delante de él, admirando el dibujo, la impresión fina y regular y el bonito papel! se apoyó sobre su sofá, acarició suavemente el brazo del viejo mueble, que consideraba como un amigo y le dijo:

(Continuará)

Pida Ud. sus

# Artículos Fotográficos

á Hans Frey

Pidase catálogos

VALPARAISO

## Como se obtiene un hermoso Pecho

¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía? Tome Ud las PILULES ORIENTALES. En algunas semanas su busto se desarrollará y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza.

He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix:

"Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las PILULES ORIENTALES para la reconstitución del busto y debo expresar mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto."

Y la señorita María F. Plaza del Archeveché á Tours:

"Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las PILULES ORIENTALES y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso."

Las PILULES ORIENTALES son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, en secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.

Un frasco con instrucciones á París 6 fr. 35.—De venta: J. Ratié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, París.—En Santiago: Max Mengin y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía. y en todas las buenas Farmacias y Droguerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".



# VINOLIA

JABONES Y PREPARACIONES  
PARA EL TOCADOR



Las agradables y refrescantes  
cualidades de los jabones  
VINOLIA dan mayor suavidad á  
la tez más delicada.

## REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

# Sales de Litina

EFERVESCENTE

## LE PERDRIEL

*Superior á todos  
los demas disol-  
ventes del Acido  
úrico :: :: ::*



DE VENTA EN LAS PRINCIPALES  
FARMACIAS Y DROGUERIAS

**L. LEGRAND**  
Parfumeur  
Paris



Pedir las últimas novedades  
de la  
Perfumería Oriza:

Esencias Age d'Or  
Éventail

Relique d'Amour, etc.

Ensayarlas es adoptarlas

De venta en las principales Boti-  
cas y Perfumerías

## SELECTA

REVISTA MENSUAL  
ARTÍSTICA

EDITADA POR LA  
EMPR: SA ZIG-ZAG

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año . . . . .	\$ 10.00
Seis meses. . . . .	5.50
Número suelto. . . . .	1.00

# CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

*Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior  
á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.*

**POLVO DE ARROZ SIMON**

SIN BISMUTO

**JABÓN Á LA CRÈME SIMON**

Exijase la Marca de Fábrica: **J. SIMON - PARIS.**

# Nuestro Concurso de Bellezas



Fotografía del collar de perlas, obsequio de los señores Fabricantes de la HARINA LACTEADA NESTLE, que será adjudicado como único premio á la señorita que obtenga la primera mayoría en la votación final del concurso.

Damos á continuación la nómina de las señoritas que en la votación preliminar ya efectuada, han obtenido las más altas mayorías para optar al premio del concurso.

En nuestra edición próxima correspondiente á Febrero se publicarán los retratos, cada uno con su número de orden, para los efectos de la votación final que permanecerá abierta por seis meses.

Rogamos á las señoritas cuyos nombres se insertan en seguida, tengan á bien enviarnos su retrato, que debe ser de tamaño álbum ó mayor, muy bien impreso.

Toda correspondencia referente á nuestro Concurso de Bellezas debe rotularse al DIRECTOR ARTISTICO DE "SELECTA", EMPRESA "ZIG-ZAG", SANTIAGO.

Enero 1.º de 1912.

# RESULTADO DE LA VOTACION POR PROVINCIAS

Votos		Votos		Votos	
<b>PROVINCIA DE TACNA</b>		„ Kyrima Prieto Nieto .....	357	<b>PROVINCIA DE ARAUCO</b>	
Tacna: Laura Cisternas .....	15	„ Lily Rogers Cavero .....	393	Lebu: Emma Hanne .....	52
Arica: Elena Nieto .....	12	Melipilla: Blanca Pizarro .....	13	Cañete: Zenobia Godoy .....	13
<b>PROVINCIA DE TARAPACA</b>		<b>PROVINCIA DE O'HIGGINS</b>		<b>PROVINCIA DE BIO-BIO</b>	
Iquique: Amy Mayne Nichols .....	113	Rancagua: Zunilda Lemaitre .....	127	Los Angeles: Fresia Contreras .....	38
<b>PROVINCIA DE ANTOFAGASTA</b>		<b>PROVINCIA DE COLCHAGUA</b>		Mulchén: Blanca Estela Ibieta .....	20
Antofagasta: Sara Bustamante .....	188	San Fernando: Sylvia Salvatierra .....	18	<b>PROVINCIA DE MALLECO</b>	
Tocopilla: Sara Gutiérrez .....	22	<b>PROVINCIA DE CURICO</b>		Angol: Rosa Kind .....	33
Taltal: Ada Lois .....	21	Curicó: Graciela Correa .....	45	Victoria: Emilia Muñoz G. ....	171
<b>PROVINCIA DE ATACAMA</b>		<b>PROVINCIA DE TALCA</b>		<b>PROVINCIA DE CAUTIN</b>	
Copiapó: María Briceño .....	61	Talca: María Larraín .....	20	Temuco: Cristina Marín .....	14
<b>PROVINCIA DE COQUIMBO</b>		Molina: Elena Silva S. ....	10	Nueva Imperial: Berta Gutiérrez .....	19
La Serena: Marta Munizaga .....	131	<b>PROVINCIA DE LINARES</b>		Lautaro: María del Solar .....	26
Coquimbo: Paquita Suárez .....	34	San Javier: Blanca de la Cerda E. ....	13	<b>PROVINCIA DE VALDIVIA</b>	
Ovalle: Matilde Varela .....	2	Linares: Aída Max Carte .....	11	Valdivia: Rosario Guarda .....	85
<b>PROVINCIA DE VALPARAISO</b>		<b>PROVINCIA DE MAULE</b>		La Unión: Emma Grob W. ....	87
Valparaíso: Raquel Merino Vicuña ...	410	Cauquenes: Blanca Pinochet .....	59	<b>PROVINCIA DE LLANQUIHUE</b>	
„ Raquel Luco C. ....	403	Constitución: Ester Albornoza .....	31	Puerto Montt: Margarita Moreno ....	150
„ Emma Bobillier .....	256	<b>PROVINCIA DE ÑUBLE</b>		Osorno: Hanny Francke .....	153
Quillota: Rosa Grez S. ....	180	Chillán: Esther Martín A. ....	401	Calbuco: Isabel Mayorga .....	20
Viña del Mar: Florencia Zegers B. ...	858	San Carlos: Ofelia Caro R. ....	15	<b>PROVINCIA DE CHILOE</b>	
<b>PROVINCIA DE ACONCAGUA</b>		<b>PROVINCIA DE CONCEPCION</b>		Ancud: Isabel Bahamonde .....	28
San Felipe: Rosa Soza C. ....	58	Concepción: Domitila Urrutia .....	463	<b>PROVINCIA DE MAGALLANES</b>	
<b>PROVINCIA DE SANTIAGO</b>		Talcahuano: Viola Guzmán .....	253	Punta Arenas: Antonieta Blanchard...	56
Santiago: Saña Besa Montt .....	948	Florida: J. Amelie Mourgues .....	59		
„ María Cordero Vivanco .....	749				
„ Josefina Vial Freire .....	663				
„ Tula Montes M. ....	626				

## SUMARIO

TEXTO	Págs.	GRABADOS	Págs.
Hechos y notas, Luis Orrego Luco..	291	El amor es ciego, Virgil Tojetti..	290
Las grandes obras maestras...	292	La Fuga, E. Michel Langon.....	311
Hidalguía rústica, Giovani Verga ..	294	Satisfacción.....	312
La Pascua de la Reina, F. Brentano....	296	Fotografía artística..	314
¿Qué hay de nuevo en París?, B. Vicuña Subercaseaux..	300	<b>INSERCION</b>	
Modernismo, Jacinto Benavente..	303	Señorita Raquel Ossa Mc-Kellar, fotografía artística por el se-	
Vida Holandesa.....	304	ñor Juan Magalhaes.	
La Serena antigua, Lorani.....	308		
El sueño de Reyes, Manuel Rodríguez..	310		
Paz á los hombres de buena voluntad, Sombra....	314		
		José María Heredia, A. Donoso....	316
		Un ser no comprendido, (folletín)....	319